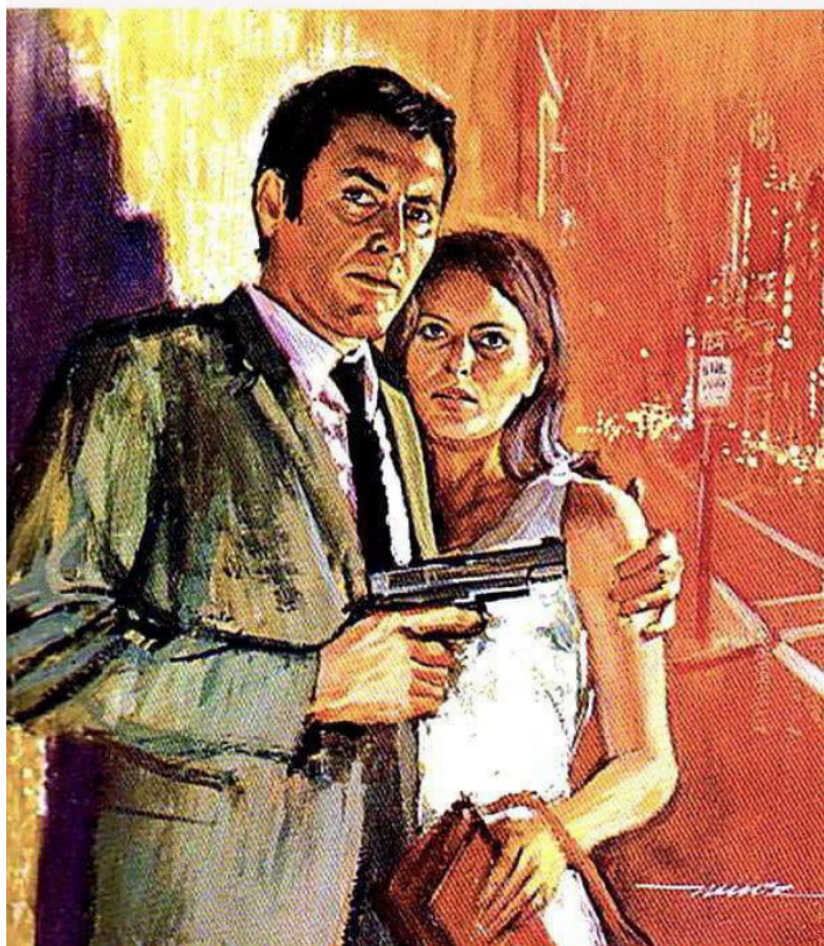




trabajo de peligroso

KEITH LUGER



Jimmy Madison abrió la puerta y se coló en el apartamento, deteniendo la mirada en su amigo Romo Silver, quien se levantó de un salto de la cama, exclamando:

—¡Jimmy!

—Sí, soy yo. ¿Qué tal te va, muchacho?

—¿Y lo preguntas? ¡Me dejaste hace dos días en la butaca de un *music-hall* diciendo que te ibas a comprar un «perro caliente»!...



Keith Luger

Trabajo peligroso

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1171

ePub r1.0

Titivillus 01-12-2019

Título original: *Trabajo peligroso*
Keith Luger, 1973

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Jimmy Madison abrió la puerta y se coló en el apartamento, deteniendo la mirada en su amigo Romo Silver, quien se levantó de un salto de la cama, exclamando:

—¡Jimmy!

—Sí, soy yo. ¿Qué tal te va, muchacho?

—¿Y lo preguntas? ¡Me dejaste hace dos días en la butaca de un *music-hall* diciendo que te ibas a comprar un «perro caliente»!...

Jimmy arrojó hacia Romo un envoltorio, contestando:

—No te quejes. Ahí lo tienes. Yo siempre cumplo mi palabra.

Plomo, alto, robusto, con cara de boxeador retirado, barruntó:

—¡Canastos!... Debe estar duro como una piedra... Pudiste suponerlo, ¿no? —sonrió afectuoso, sugiriendo—: ¿Qué te parece si nos vamos a ese restaurante donde sirven aquellos macarrones tan estupendos?...

—Ya iremos luego.

—¡Eh, Jimmy! Te olvidas de que me dejaste con dos dólares en el bolsillo. ¡Y han transcurrido cuarenta y ocho horas desde que te separaste de mí!... ¡Estoy harto de arrimarme a figones donde dan de comer por sesenta centavos!

Jimmy Madison, de talla corriente, moreno, ojos negros de un brillo intenso, rasgos faciales correctos, chasqueó la lengua, respondiendo:

—Lo siento, Romo. Tendrás que conformarte con el emparedado.

Silver frunció el entrecejo y boqueó unos instantes antes de balbucir:

—No intentarás..., no intentarás decirme que estamos otra vez sin blanca.

Jimmy no contestó, entretenido en quitar el polvo de una mesilla de noche con la yema del dedo pulgar.

Romo soltó un gemido, dejándose caer en la cama.

—¡Y tenías treinta dólares cuando fuiste a por los «perros»!... ¿Qué has hecho con ellos, Jimmy? —De pronto Silver se golpeó la frente con la palma de la mano, como si acabase de comprender el conflicto de Formosa—. ¡Está claro!... ¡Fue la pelirroja de la

taquilla!...

—¿Qué dices? —inquirió Jim, con su gesto más inocente.

—¡No lo niegues!... Observé cómo te abanicó con las pestañas cuando le compraste las localidades... ¡La muy...!

—Cuidado, Romo. Estás hablando de una dama.

—¿Una dama? Esa fulana es una sacacuartos. ¡Eso es lo que es! Y tú te dejaste engañar como un labriego...

Jim se disculpó.

—Perdóname, muchacho. Be veras que creí que era mi tipo. Pero ya ves, he vuelto. Eso prueba que me he equivocado.

—¡Lo mismo te ha sucedido doce veces antes de ahora!

—¡Bah, no te preocupes! Al fin y al cabo, treinta dólares no nos solucionan nada. Y ahora tómate ese bocadillo mientras yo me lavo. Romo miró tristemente a su amigo y al introducirse éste en el lavabo decidió aceptar su consejo. Desenvolvió el «perro caliente», se acostó en la cama y empezó a comer.

Al cabo de un rato reapareció Jimmy en mangas de camisa y le tiró mi diario.

—¿Desde cuándo compras la Prensa, Jim?

—Pensé que en esos papeles se insertan anuncios solicitando empleados.

Romo sufrió el segundo sobresalto del día. Levantóse de nuevo, exclamando:

—¿Has hablado de trabajar?

Jim respondió, mientras se ponía la chaqueta:

—Necesitamos comer, y para comer necesitamos dinero. El dinero sólo se consigue trabajando.

Romo se rascó la cabeza, diciendo:

—¡Que me maten!... Nunca te oí hablar así. ¿Pertenece la pelirroja al Ejército de Salvación?

—Te puedo asegurar que no. —Jimmy miró al techo, inundándole el rostro una expresión de beatitud—. ¡Pura dinamita!

Silver se quedó embobado unos segundos y, finalmente, prorrumpió en una imprecación.

—¡Ése es tu defecto, Jim! No puede pasar a tu lado una buena pieza sin que te vuelva loco.

—¡Silver!

—Bueno, he querido decir una dama. —Tras una pausa, Romo

añadió—: De acuerdo, trabajaremos; pero yo seré quien elija el trabajo.

Jim sonrió encogiéndose de hombros. Su amigo abrió el diario por las páginas de anuncios clasificados e inició la lectura runruneando: —¿Qué te parece esto, Jimmy? Necesitan agentes para hacer suscripciones a la gran obra *Lo que no hiede*, folletín de trescientos veintidós cuadernillos.

—Nos moriríamos antes de que se acabase de editar, y sentiría marcharme al otro mundo sin saber el final.

Romo continuó la búsqueda.

—Corredores a domicilio para vender aspiradores... ¡No!... Neveras, máquinas lavaplatos... ¡Tampoco!...

Durante unos minutos rechazó cuantas proposiciones se insertaban en la sección. De súbito, leyó para su, y soltó un resoplido.

—¿Qué es? —preguntó Madison.

—¡Que me emplumen!... ¡Escucha esto, Jim!... «Ex paracaidistas de veintinueve y treinta y cinco años, patente de segunda clase, hablando francés y español, vasta cultura, buscan colocación rara, peligrosa, hasta fines de diciembre»... —Silver apartó la mirada del diario, lanzando una carcajada—. ¿Qué te parece, Jimmy? Estos tipos deben estar como un par de regaderas. Colocación rara y peligrosa... hasta fines de diciembre. ¡Qué bueno! Apuesto a que es una broma.

Siguió riendo mientras Madison encendía un cigarrillo.

—¿Quiénes serán, Jim? —Romo pensó unos momentos con las cejas fruncidas, y chilló después—: ¡Aquellos fulanos, Roland y Gubert, de la tercera compañía! ¡Ya te dije que tenían volada la tapa de la cacerola!

Lanzó una carcajada más estruendosa que la primera, y hasta se le saltaron las lágrimas.

—¿Por qué no terminas ese anuncio, Romo? —sugirió Madison.

Todavía con el cuerpo estremecido por el jolgorio, leyó:

—Dirigirse al hotel Phoenix. Los Angeles. Habitación ciento noventa.

De repente, Silver interrumpió su risa, arrugó la cara, volvió a repetir la dirección, y dejando el periódico sobre la cama se levantó, corrió como una centella hacia la puerta, abrió ésta y quedó mirando el número que había sobre ella.

—¡Ciento noventa!... —chilló haciendo un gallo.

Su amigo apuntó:

—Y éste es el hotel Phoenix de Los Angeles.

Romo cerró la puerta y gimió, señalando el diario:

—¡Entonces, somos nosotros esos tipos!

—Lo somos.

Silver echó a andar, cogiéndose la cabeza con las manos, y se dejó caer en la cama.

—¿Por qué me sucederá a mí esto?

—Vamos, muchacho. Tienes que animarte. No tardará en venir algún cliente, y si te ve con esa cara se largará sin enseñarnos el color de su dinero.

—¿Qué entiendes tú por colocación rara y peligrosa?

—Un trabajo que nos proporcione los ingresos que necesitamos. Nosotros seremos quienes fijemos el precio. Ese diario es de hoy, pero hace seis horas que está vendiéndose en la ciudad. Verás cómo da resultado.

Como si hubieran estado escuchando sus últimas palabras, en aquel momento llamaron a la puerta.

Jim abrió, apareciendo enmarcada la figura elegante de una hermosa mujer. Sus ojos castaños miraron con ternura a Madison.

—Usted es el ex paracaidista de veintinueve años... —dijo sonriente.

—Para servirle —contestó Madison con una leve inclinación—. ¿Quiere pasar?

La mujer penetró en el apartamento y el joven hizo las presentaciones.

—Mi nombre es James Madison y éste es mi amigo, Romo Silver.

La mujer dirigió una mirada curiosa a Silver, que no se había puesto en pie y la observaba pasmado.

—Soy Martha Lamb..., esposa del doctor Albert Lamb.

—¿Qué asunto es el que la ha traído aquí, señora Lamb? —inquirió Jim, acercando una silla a Martha, que ésta rechazó con un gesto.

—Se trata de mi marido. Verá... ¿Puedo estar completamente segura de su reserva?

—Nada de lo que diga aquí trascenderá más allá de las paredes de este cuarto.

—Gracias. El caso es que el doctor Lamb me ha... digamos,

olvidado algo últimamente.

—Un olvido imperdonable —arguyó Madison, echando chispas por los ojos.

Martha distendió nuevamente los labios.

—¡Qué galante es usted, señor Madison!

Romo presenciaba la escena como si se hallase sumergido en un suave letargo y su boca mostraba la sonrisa de la Gioconda.

La dama continuó:

—El doctor Lamb sufre con frecuencia crisis nerviosas, y para recuperarse alterna, de tiempo en tiempo, con alguna *vedette* de Broadway.

—¿Esa cura se la receta él mismo? —inquirió Jim.

—Sí —repuso Martha, dando un suspiro de resignación.

—Su marido debe tener una gran clientela.

Romo soltó una carcajada, pero cesó de reír cuando la bella le dirigió la carga electrizante de sus ojos.

—Les necesito a ustedes para que me devuelvan a mi marido.

—¿Quiere decir que actualmente sufre una de sus crisis? —preguntó Jim.

—¡La más espantosa de todas!

—¿Y cómo se llama la medicina que se ha recetado esta vez?

—Marion Mitchell.

Romo se levantó de un salto.

—¡Marion Mitchell!... —Se dirigió a su amigo—. ¿Te acuerdas? La vimos el mes pasado en el teatro Excelsior. ¡Es aquella llena de curvas y pestañas!

Jim asintió, preguntando a la señora Lamb:

—¿Qué sugiere que hagamos? ¿Cree que con unos azotes volverá a usted su ovejilla descarriada?

—¡Oh, no!... Sabría que los había pagado yo y me odiaría. Se me ha ocurrido otro plan.

—¿De qué se trata?

—Albert siempre ha estado seguro de mi amor por él. Me cita entre sus amigos como la más pura, casta y fiel de las esposas.

—¿Y no lo es? —preguntó Romo.

La dama hizo un mohín de asombro y Jim tuvo que decir:

—No le haga caso a mi socio. El solo representa los músculos en nuestro negocio. Yo soy la inteligencia.

—El caso es que estoy segura de que Albert terminaría sus devaneos si le diésemos celos.

—¿Cree que su marido está lo suficientemente enamorado de usted para que le importe verla flirtear con otro hombre?

—¡Naturalmente!

—Está bien. —Jim dio unos pasos por la habitación y, volviéndose hacia la cliente, preguntó—: ¿Cuándo empezamos?

—Hoy mismo. Albert había comprado localidades para un cine, pero durante el desayuno me ha rogado le disculpe. Según él, esta noche ha de realizar una importante operación.

—¿Cómo sabe que no es verdad?

—Ha telefoneado al Club 24 para que le reserven una mesa. Yo estaba detrás de unas cortinas en su despacho. El Club 24 es el local favorito de esa roba-maridos. Quiero que uno de ustedes venga conmigo y me haga el amor.

—¿En las propias narices de su esposo?

—Yo haré como que no lo veo en el local hasta que se presente en nuestra mesa.

Jim miró a su amigo, diciendo:

—Es la clase de trabajo que te va bien, Romo.

—¡No! —gritó Silver, retrocediendo un paso.

—¡Sí! Eres fuerte como un boxeador. El doctor Lamb se creará un complejo de inferioridad cuando te descubra, y su pecho se agitará como un mar embravecido. Otelo, a su lado, será un estibador del muelle 21.

—¡Los estibadores son tipos duros, Jim!

—¡Vamos, vamos! —Palmeó Madison la espalda de su socio—. Sólo era una metáfora... —Y luego, dirigiéndose a la mujer, preguntó—: ¿Conforme, señora Lamb?

Ella asintió, abrió un bolso, cuyo interior fue observado por las pupilas de los ex paracaidistas, y sacó un fajo de billetes.

—Son doscientos dólares; y si mi marido vuelve a mí, tendrán otros doscientos. ¿Les parece bien?

Jim, se hizo cargo del efectivo, diciendo:

—Esté segura de que el doctor iniciará una nueva luna de miel con usted. ¿Adónde quiere que vaya a recogerla Romo?

—A las siete y media en mi casa. Calle 69, Este.

Cuando la hermosa dama hubo salido, Jim giró hacia Silver,

exclamando:

—¡Ya te dije que esto del anuncio era una buena idea!

—Será mejor que esperemos el final. —Y al ver que Jim guardaba los billetes, dijo—: ¡Eh, tienes que darme unos cuantos!...

Madison le entregó veinticinco dólares.

—¿Sólo veinticinco? En ese club se me irán en propinas.

—Si la cosa sucede tal como la tiene prevista Martha Lamb, no tendrás necesidad de pagar nada. Y ahora, querido Romo, vayamos a comer esos macarrones.

Comieron, fumaron vegueros de a veinticinco centavos y vieron un programa de actualidades cinematográficas.

A las siete se despidieron, encaminándose Romo a prestar el servicio, mientras Jim regresaba al hotel. El encargado de éste, el señor Nolan, le avisó:

—Ha venido un tipo preguntando por los huéspedes de la habitación ciento noventa.

—¿Dónde está?

—Es aquel que parece querer esconderse en el sillón —indicó el gerente, levantando la barbilla hacia el vestíbulo.

Jim vio un hombrecillo de unos cuarenta y cinco años de edad, de rostro macilento, sobre cuya aguileña nariz cabalgaban unas gafas de fuerte graduación. Dirigióse hacia él y al llegar a su lado dijo:

—Soy James Madison.

El otro dio un respingo, asustado.

—¿Ja... James Madison?... No tengo el gusto de conocerle... —Observó al joven de arriba abajo y de pronto se incorporó, murmurando—: Tengo que irme.

Inició una pequeña galopada hacia la salida y Jim alzó la voz:

—¡Soy uno de los huéspedes del 190!

El hombrecillo cortó en seco la carrera y se volvió tragando saliva.

—¿Usted es...? —Se acercó a Jim y extendió rápidamente la mano —. Mi nombre es Henry Tobías.

Jimmy se la estrechó, diciendo:

—Supongo que viene por lo del anuncio del periódico.

Tobías siseó, mirando a derecha e izquierda como si temiese ser sorprendido por alguien. Jim frunció el ceño, preguntando:

—¿Qué le pasa? ¿Lo persigue acaso el FBI?

—¿Dónde está su amigo? —retrucó Tobías, muy nervioso—. En el

anuncio se habla de dos...

—Es su noche libre y se ha ido a ver una película de la Monroe. ¿Para qué necesita a dos? ¿No le basta conmigo?

—Lo mío es un hueso duro de roer y quizá haga falta una docena de hombres...

—No me irá a proponer un asalto al Banco Nacional... Lo de colocación rara y peligrosa quería referirse a algo dentro de la ley.

—Deseche sus temores. El empleo que yo les daré a usted y a su amigo es completamente legal.

—Bueno, ¿por qué no va al grano de una vez?

Tobías sonrió y fue a abrir la espita, pero antes enfiló los ojos hacia la puerta. Jim le vio estremecerse y quedarse súbitamente pálido.

—¿Qué le ocurre? —le preguntó, y sin esperar la respuesta, siguió la dirección de su mirada.

Un hombre, embutido en un abrigo azul con el cuello levantado, acababa de penetrar en el hotel y se había detenido junto a una columna, leyendo aparentemente el diario que tenía entre las manos, Tobías fijó sus ojos en Jim.

—¡No le puedo hacer ahora un relato del asunto!

—Si es por aquel tipo de la cara pecosa y el abrigo azul, déjelo de mi cuenta. Lo arreglaré en un instante.

Jim hizo ademán de dirigirse hacia el desconocido, pero Tobías lo detuvo implorante.

—¡No!... Lo echaría a perder, señor Madison. ¡Escuche bien mis instrucciones! Vaya con su amigo a las diez en punto al hotel Palo Alto, apartamento 342. Allí les estaré esperando. Les tendré preparados dos billetes para el avión que sale con dirección a Las Vegas a las once.

—¿A Las Vegas? ¿Qué se le ha perdido allí?

—Se celebra la Convención de los Tímidos y yo soy el secretario del Club de los Tímidos de Pasadena. Todos los años nos reunimos por este tiempo. Telefonaré a Las Vegas para que les reserven un apartamento con dos camas en La Herradura.

Jim arrugó la nariz.

—Oiga, ¿por qué no trata de serenarse un poco y me cuenta el motivo de todo este embrollo?

Tobías intentó sonreír, pero no lo consiguió.

—Adiós, señor Madison. No me falle. De usted y de su amigo

depende mi vida a partir de ahora.

El hombrecillo giró ahora sobre sus talones y echó a correr, desapareciendo por la puerta de la calle.

Jim se quedó estupefacto, frotándose la nuca. El hombre del abrigo azul continuaba leyendo el diario y dirigióse hacia él.

—Perdóneme que le interrumpa —se disculpó Jim, y cuando el desconocido le miró, preguntóle—: ¿Conoce usted al caballero que estaba hace un instante conmigo?

—No le comprendo —repuso el otro—. Yo no me he fijado en nadie. Estoy esperando a un amigo.

Jim sonrió protocolariamente, se excusó de nuevo y dirigióse a su apartamento en la firme convicción de que el llamado Henry Tobías era un paranoico.

Tendióse en la cama y leyó durante hora y media una revista de cine.

Pocos segundos antes de las nueve se abrió la puerta de la habitación, apareciendo Romo Silver con el ojo derecho tumefacto y uno de los bolsillos de la chaqueta desgarrado.

Jim emitió un silbido, al tiempo que se incorporaba en la cama.

—¡Caramba, muchacho!... ¿Tan fuerte ha sido?

—Habrías de ver cómo ha quedado el doctor... —contestó alegremente Romo, sacando un puñado de billetes del pantalón—. Aquí están los otros doscientos...

—¡Así que nuestra clienta tenía razón!

—¡Y tanto que la tenía! Allí estaba Lamb con el bombón de Marion Mitchell. Martha y yo, quiero decir la señora Lamb y yo, bailamos muy arrimaditos. Fue cosa de ella, naturalmente. Todo fue bien durante los primeros quince minutos. Pero de pronto, cuando más disfrutaba yo con un fox lento, me coge una mano por detrás, me da la vuelta y... ¡zas!..., me atiza en un ojo. En seguida empleo el uno... dos y le pego con los dos puños una serie al doctor... Martha grita, Marion chilla. ¡Qué escena, Jim! ¡Y con toda la crema de la ciudad en el Club 24! Si me ven los de la «Metro», me contratan.

—¿Quedó contenta Martha del trabajo?

—¡Estaba loca de alegría! No hacía más que repetir a cada puñetazo que yo le soltaba a su marido: «¡Albert me quiere! ¡Albert me quiere!». Luego, cuando lo tumbé K. O., me acompañó hasta la puerta y me largó las doscientas hojas de lechuga. ¡Tuviste una gran

idea con eso del anuncio! ¡Esto es ganar dinero, Jim! ¿Cuándo caerá otro cliente?

—Ya ha caído.

Romo abrió unos ojos como platos.

—¿Es cierto? ¡Apuesto a que podremos veranear este año en Miami!

—Pero este cliente no es como la señora Lamb, eso es lo malo.

—¿De qué se trata?

Jim le puso al corriente de su encuentro con Henry Tobías.

—¡Que me emplumen! —exclamó Silver, cuando su socio hubo terminado el relato—. ¿Sabes lo que debías haber hecho? ¡Llamar a todos los manicomios de la ciudad preguntando si se les ha escapado un «leocadio»!... ¡A ese tipo le debe faltar engrase en los tornillos de la tapadera!

En aquel instante el teléfono repiqueteó y Jim cogió el auricular.

—¿Quién es?

La respuesta le produjo una sacudida en la espina dorsal.

—Soy Henry Tobías, señor Madison. Le llamo para decirle que lo tengo todo preparado para el viaje de usted y de su amigo a Las Vegas. ¿Llegó ya él?

—Sí, aquí está. Pero ¿no podría adelantarme algo del asunto?

—Será mejor que se pongan en camino hacia acá. Entonces lo sabrán todo... Oiga...

—¿Qué? —Transcurrieron varios segundos, y como no le respondiesen, Jim insistió—: ¿Qué dice, señor Tobías?

La voz del hombrecillo llegó nerviosa, trémula:

—Señor Madison... ¡dese prisa, por lo que más quiera!...

—¿Qué ocurre?

—¡Están intentando abrir la puerta!

—¿Quiénes?

—¡Ellos! ¡El picaporte se mueve! ¡Deben haberse procurado una llave! ¡Me van a matar, señor Madison!

—¿No tiene una pistola?

—¡No! ¡Si me ocurre algo, vayan a Las Vegas!... ¡Allí...!

De pronto cesó la voz, sonando el chasquido característico al ser cortada la comunicación.

—¿El loco otra vez? —inquirió Silver.

Jim colgó diciendo:

—¡Ojalá aciertes, Romo!... ¡Para Tobías sería mejor que lo

estuviese! ¡Vamos rápido a su hotel!

CAPÍTULO II

Jim hizo girar el picaporte de la puerta y empujó ésta, cediendo a su impulso. En el interior del apartamento 342 del hotel Palo Alto reinaba la oscuridad.

—No me gusta esto... —dijo.

—Tonterías. Ese tipo está como una olla de grillos —contestó su socio.

Jim dio vuelta al conmutador de la luz y el *living-room* apareció en perfecto orden.

Entraron cerrando a sus espaldas.

—Supongo que al menos nos invitará a tomar un trago —murmuró Silver.

La puerta que comunicaba con el dormitorio, estaba a la derecha. Jim recorrió el camino y la abrió y encendió luego una nueva bombilla. Inmediatamente lanzó una maldición. Romo se acercó de dos zancadas, mirando por encima del hombro de su amigo.

Henry Tobías estaba tendido en el suelo, boca arriba, junto a las patas de la cama. Tenía un agujero del tamaño de una moneda de cinco centavos en la frente.

—¡Apuesto a que está más muerto que mi bisabuelo! —comentó Romo, pasado su primer asombro.

—Lo está —convino Jim—. Y puedes apostar también a que el asesino se halla muy lejos de aquí.

—¡Y es lo que vamos a hacer ahora mismo! ¿No recuerdas que esta noche hay una formidable velada de boxeo? ¡Me prometiste que me llevarías!

Jim contestó, sin apartar la mirada del cadáver:

—Invitación cancelada.

—¡Ahora ya no puedes hacer nada por él! ¡Es cosa de la policía! ¡Larguémonos antes de que se nos compliquen las cosas!

Jimmy miró a su amigo.

—Nosotros ya estamos complicados en esto.

—¿Por qué? —Romo frunció el ceño—. ¡No tenemos nada que ver con lo ocurrido!

—Tobías leyó un anuncio en que dos hombres buscaban colocación rara y peligrosa. Confió en nosotros. Nos contrató. Dijo que de ti y de mí dependía su vida. ¡Y ya ves lo que hemos hecho por protegerlo!

—¡Pero no dio oportunidad para que lo protegiésemos! ¡Ni siquiera te entregó un dólar como señal!

—¡Existe la razón moral por encima de todo! De todas formas, tú puedes hacer lo que quieras. ¡Yo correré el riesgo!

Romo tartamudeó unas palabras, terminando por exclamar:

—¡Está bien! ¡Pero acuérdate de que te he avisado! ¿Por dónde hemos de empezar?

Jim sonrió, diciendo rápidamente:

—Tendremos que ir a Las Vegas. El dijo que allí lo solucionaríamos todo.

Registró los bolsillos del muerto, encontrando la cartera, de la que extrajo dos pasajes para el avión de Las Vegas, cincuenta dólares en billetes, que volvió a dejar en su sitio ante la protesta de Silver, y una fotografía en la que aparecía una mujer de espléndida belleza.

—Nadie diría que nuestro cliente era el secretario de un club de tímidos... —comentó pasándole la foto a Romo.

Jim prosiguió la búsqueda de alguna pista en la maleta de la víctima, pero no halló nada que lo pareciese. Por fin indicó a su socio que habían terminado la inspección ocular y abandonaron el departamento llevándose la foto y borrando con el pañuelo las huellas que habían dejado.

Una vez en la calle, caminaron por espacio de quince minutos y después tomaron un taxi que los condujo al aeropuerto.

Durante el tiempo que invirtió el avión en hacer su recorrido, ellos estuvieron durmiendo.

Les despertó la voz de la azafata rogando se sujetasen los cinturones de seguridad antes de aterrizar.

Descendieron del avión y otro taxi los llevó hasta la puerta de La Herradura. Jim pagó la carrera mientras Silver lanzaba una exclamación de sorpresa viendo la animación que había en la calle. Eran las dos de la madrugada y aquella parte de la ciudad parecía el centro de Los Angeles en el día de la Independencia. Fantásticos anuncios luminosos, azules, verdes, amarillos, anaranjados, destacaban sobre las fachadas de las casas. La gente deambulaba

riendo, hablando a gritos. Algunos peatones hacían esfuerzos por conservar la vertical. Se oían varias piezas musicales al propio tiempo; notas mezcladas de un *slow*, una rumba o un mambo que escapaban por puertas y ventanas.

—¿Es que aquí no duermen? —preguntó Romo.

—Lo hacen durante el día —contestó Jim—. Anda, vamos dentro.

El encargado de La Herradura era un hombre con cara de rana. Como tenía las yemas de los dedos apoyados en el *comptoir*, daba la impresión de que iba a saltar de un momento a otro sobre el pecho del cliente.

—Mi nombre es James Madison —se presentó Jim—. Tiene una reserva para mí y mi amigo.

El batracio examinó con sus ojos saltones a los recién llegados y luego de consultar un libro, movió afirmativamente la cabeza.

—Apartamento 76, tercer piso. ¿No traen equipaje?

—Llegará mañana con la servidumbre —contestó Jim y se puso a rellenar la hoja del registro.

Romo hizo lo mismo y luego subieron en el ascensor al tercer piso.

Una vez en el apartamento, Jim cogió el teléfono, estableciendo comunicación con la centralilla.

—Oiga, señorita, aquí el apartamento 76. ¿Podría enviarme al jefe de los «botones»?

Del otro lado le contestaron afirmativamente y minutos más tarde llamaban suavemente a la puerta. Entró un individuo no más alto que una escoba, con la nariz tan chata que hubiese tenido que ponerse una postiza para llevar gafas.

—Bert Robin, el jefe de «botones» —anunció.

—Magnífico, Bert —le saludó alegremente Jim.

—¿Me conoce? —inquirió el otro, arrugando los ojos.

—Tobías me habló de ti. Henry Tobías.

—¿Ha venido con ustedes el señor Tobías?

—No; él llegará mañana. —Jim dio unos pasos por la habitación pidiendo al cielo no fallar el siguiente golpe—. Oye, Bert... ¿Están aquí los otros?

—Solamente la señorita Mitzi.

—¡Estupendo! He de darle un encargo. ¿En qué apartamento se aloja?

—En el 67. Esta noche no ha salido. Tenía una fuerte jaqueca.

Jimmy sacó el fajo de billetes, apartó dos de a dólar y los entregó a Bert, acompañándole hasta la puerta. Cuando los dos amigos quedaron nuevamente solos, Romo dio un bufido.

—¿Qué te traes con eso, Jim?

—Estamos completamente a oscuras y hemos de echar mano a lo que se nos presente hasta que veamos alguna claridad. Voy a hacer una visita a Mitzi. Tú quédate aquí.

Salió antes de que Silver pudiera replicar algo y encaminóse al apartamento 67.

Pulsó el timbre y al cabo de un rato una voz femenina preguntó:

—¿Quién es?

—Un representante del alcalde, señorita.

La puerta se abrió, apareciendo enmarcada la figura esbelta de una prodigiosa rubia cubierta por un batín verde con flores rojas. Su bello rostro compuso un gesto de sorpresa para inquirir:

—¿Un representante del alcalde?

Jim sonrió:

—Eso es. Perdóneme, pero me han confiado una estadística que he de cumplimentar en el menor tiempo posible.

La rubia le franqueó la entrada y le invitó a sentarse.

—¿De qué se trata, señor?

—Madison, James Madison... —Y después de una corta pausa, Jim prosiguió—: Usted sabe que nuestra ciudad es codiciada por las parejas disparejas debido a la facilidad con que se consigue entre nosotros el divorcio. Claro que también nos visitan muchos turistas, deseosos de probar fortuna en el juego. ¿Cuál es el motivo de su estancia en Las Vegas?

—Tengo en mi poder una sentencia de divorcio y estoy esperando a mi prometido para casarme.

—Muy bien —asintió Jim, sacando un cuaderno de notas y lápiz—. ¿Su nombre, por favor?

—Mitzi Clooney.

—¿Natural?

—De California.

—Gracias. Supongo que su edad son veintidós años.

—Veinticuatro.

—¡Oh, no los aparenta! ¿Reside en Fresno?

—En Pasadena, avenida Roosevelt, 120.

Jim sintió que el corazón aceleraba sus latidos.

—¿Nombre de su último esposo?

—También ha sido el primero. John Brady.

—¿Y el de su prometido?

—Henry Tobías.

Jim apretó demasiado fuerte el lápiz y la punta de grafito se rompió.

—¿Quiere una pluma? —ofreció Mitzi.

—No, gracias. Es el último dato y lo recordaré fácilmente. Henry Tobías. ¿Para cuándo lo espera?

—¿Tiene eso algo que ver con su estadística?

—Lo pregunto solamente para saber la fecha de la boda. El municipio hace un obsequio a cada persona interrogada. Un ramo de orquídeas.

—Llegará mañana y nos casaremos a las tres de la tarde en casa del juez Buchanan.

Jim se incorporó diciendo:

—Muchas gracias por su colaboración, señorita Clooney.

—Naturalmente, queda invitado a la ceremonia.

—Me temo que mis ocupaciones no me permitan asistir —contestó Jim, recordando el cadáver de Henry Tobías.

Se despidieron, y cuando el joven se encontró solo en el pasillo dio un suspiro de alivio.

Entonces una voz dijo:

—¿Dio resultado la investigación?

Era Bert, el jefe de los «botones». Se hallaba apoyado en la pared junto a la curva del corredor. Jim se le acercó estudiándolo con las cejas arqueadas.

—Además, eres espía, ¿eh, Robin?

El pequeñajo sonrió, enseñando tres dientes de oro.

—El sueldo que me da el patrón sólo me llega para la primera semana. ¿Qué haría el resto del mes?

—El chantaje hace lo demás, ¿verdad?

—Ésa es una palabra fea. Yo le llamo estrategia.

—¿Y, qué puedes decir tú de mí a la señorita Mitzi?

—Estoy seguro de que usted se ha valido de una engañifa para sonsacarle lo que busca. Eso quizá malogre sus posibilidades. Además, no creo que sea amigo del señor Tobías.

Jim sopesó la situación durante un minuto y finalmente propuso a su interlocutor:

—¿Por qué no has de trabajar a mi favor, Bert? Sé agradecer los detalles.

—¿A cuánto llega su agradecimiento?

Jim sacó varios billetes arrugados del bolsillo y los alisó cuidadosamente.

—Esto sólo es el comienzo —dijo.

Bert alargó la mano para coger el dinero; pero Jim le sujetó la muñeca advirtiéndolo:

—Siempre que valga la pena lo que tú ofrezcas.

Robin miró fijamente a Jim y sonrió contestando:

—De acuerdo. ¿Qué quiere saber?

—Háblame en primer lugar de Henry Tobías.

—Es cliente del hotel. Vino la primera vez hace dos años, cuando los tímidos hicieron la Convención.

—¿Qué es eso del Club de los Tímidos?

—¿No lo sabe? Son las personas a las que les falta valor para declararse a una mujer, introducirse en sociedad o cantarles las cuarenta al jefe. A alguien se le ocurrió que, estando unidos, podían llegar a perder la timidez y transformarse en personas corrientes. Así nacieron esos clubs. Actualmente los hay en muchas ciudades de California, y constantemente se fundan otros nuevos. Tobías es el secretario del de Pasadena. Pensaron que Las Vegas era el lugar ideal para cambiar impresiones todos los años, ya que aquí podían tener mayores oportunidades que en cualquier otro sitio para vencer su complejo. Ésta es la tercera Convención que se celebra en Las Vegas.

—¿Y qué me dices de Tobías?

—Poca cosa. Como todos los tímidos, es bastante reservado.

Jim señaló el apartamento de Mitzi Clooney, arguyendo:

—Pues no parece tonto para elegir el género.

—¡Oh, la señorita Clooney y él se conocieron en el hotel hace tan sólo dos meses!

—¿No decías que los tímidos sólo se reunían una vez al año?

—El señor Tobías debió venir para asuntos particulares. Estuvo una semana y se marchó.

—Y en el transcurso de esos siete días se enamoró de la rubia...

—Ella vino a tramitar su divorcio.

—¿Con el marido?

—No; sola. A él no lo he visto nunca.

Robin cerró la boca y cogió los billetes sin que ahora Jim ofreciese resistencia. Entonces aquél dijo, después de haberse guardado el dinero:

—Hay una información extra.

Madison apretó los dientes, replicando:

—¿Conque esas tenemos?...

—Valdrá la pena que afloje otros cinco dólares por ella.

—¿Y si decido yo que no los vale?

—Tendrá que correr el riesgo.

Jim sacó los cinco dólares, lanzando una imprecación.

El otro los cogió, diciendo después:

—Hay un tipo a quien ella recibe todos los días.

Jim se quedó de una pieza.

—¿Quién es? —preguntó al Cabo de un rato.

—Jack Peter, un empleado de Eldorado.

—¿Vino hoy?

—Tuve mi tarde libre, pero supongo que no habrá fallado.

—¿Puedes informarte con seguridad?

Bert asintió.

—Espéreme en el vestíbulo dentro de cinco minutos.

Cuando Jim regresó a su cuarto, Romo ya estaba acostado. Le informó que se iba a dar una vuelta y bajó al vestíbulo, donde ya el jefe de los «botones» lo esperaba.

—Es raro, señor Madison. Jack Peter no visitó hoy a la señorita Clooney.

—Me dejaré caer por Eldorado. ¿Cómo encontraré a Peter?

—Es un individuo de uno ochenta de talla, fuerte y musculoso, ojos pardos y piel muy negra. Lleva siempre una corbata chillona. Presta servicio en una mesa de dados. En cuanto al local, siga por la acera de la derecha, al salir del hotel, y a unas cien yardas verá al otro lado el anuncio luminoso.

Jim abandonó La Herradura siguiendo la dirección señalada por su confidente.

El vestíbulo de Eldorado era un largo corredor con no menos de veinticinco máquinas tragaperras a cada lado. El ruido producido

por su funcionamiento, los gritos de la clientela y la música que escupía un potente altavoz, componían un tono ensordecedor.

Jim pasó de largo, y penetró en el local, preguntándose inmediatamente si no se habrían escapado cien diablos del infierno y refugiado allí. La algarabía del interior era muy superior a la que existía entre los «mancos» [1].

Se jugaba a la ruleta, al treinta y cuarenta, al póquer, a los dados... Como era el último de estos juegos el que le interesaba, perdió la curiosidad por los otros, dedicándose a observar a los empleados que cantaban los números en las distintas mesas.

En la tercera, encontró a su hombre. Bert lo había descrito bien. Hubiera podido distinguírsele a una milla de distancia entre un ganado de reses por su corbata amarilla con lunares rojos.

Jim estuvo mirándolo durante un minuto y luego se le acercó, tocándole un brazo.

Jack Peter volvió la cabeza, diciendo mecánicamente:

—Haga su reclamación a la gerencia.

—No puedo hacer ninguna reclamación porque no he jugado —contestó Madison.

Jack hizo una mueca.

—Un gracioso, ¿eh?... Era lo que me faltaba para acabar.

Jim murmuró, bajando la voz:

—Me manda Mitzi.

El otro iba a decir algo, pero se interrumpió y miró con más atención a su interlocutor.

—¿Mitzi? —inquirió, como si no hubiese oído tal nombre en su vida.

—Mitzi Clooney...

Jack titubeó unos segundos, pero no llegó a decidirse porque en aquel instante el jugador que tiraba los dados preguntó:

—¿Cuál es mi número, Jack?

—Siete es su punto.

El apostante sopló los cubitos y los lanzó contra la pared de la mesa.

—¡Siete! —gritó con los ojos desorbitados cuando los dados se detuvieron mostrando un seis y un uno—. ¡Ya te dije que hoy era mi día! ¡Dame otros mil!

Después de pagar, Jack miró nuevamente a Madison.

—¿Qué quiere?

—Es asunto confidencial.

—¿Urgente?

—Eso es cosa suya. —Jim hizo ademán de volverse, pero Peter lo detuvo.

—¡Espere! ¿Quieres sustituirme, Tony?

El llamado Tony ocupó su lugar y él se aproximó a Jimmy, diciendo:

—Podemos hablar en la terraza. Sígame.

La terraza, a la que se llegaba cruzando un ventanal abierto, tenía varios rincones y Peter se dirigió al más lejano y solitario.

—Bien —dijo al detenerse y en tono desafiante—. Es usted de la poli, ¿y qué?

Jim sacó despaciosamente el paquete de cigarrillos, extrajo uno, se lo puso en los labios, encendiólo y después de arrojar una bocanada de humo, preguntó:

—¿Dónde estuvo hoy, Jack?

Peter repitió la muela de antes y Jim supo ahora que la había copiado de un *gángster* de película.

—No le importa a nadie.

—Le advierto, Jack...

—No siga —le interrumpió Peter—. Lo sé. Todo lo que diga podrá ser alegado en mi contra.

Madison pensó sacar partido de la confusión que sufría el gigante.

—No estoy en misión oficial, Jack. De modo que le sugiero que nos comportemos como amigos. Le prometo que cuanto me diga quedará entre nosotros.

—¿Y, si no quiero ser su amigo?

Jim dejó pasar otro minuto sabiendo que el tiempo estaba a su favor. Luego dijo con indolencia:

—Los muchachos son duros.

Peter despidió chispas por los ojos.

—He estado otras veces en la comisaría... —Tras una pausa se decidió—: De acuerdo, teniente. ¿O es capitán?

Jim hizo un gesto ambiguo, y como el otro frunció el ceño, se lo jugó todo a una carta.

—¿Qué fue a hacer a Los Angeles, Jack?

El jugador profesional encajó el impacto, ensombreciéndosele el

rostro y olvidando por completo la graduación de su interrogador.

—Me espiaban, ¿eh? ¡Ese maldito mestizo dio el soplo!

—No estoy autorizado a mencionar mi fuente de información, pero será mejor que cante.

—¡Fui a ver a un amigo!

—Henry Tobías. ¿Habló con él?

La estupefacción de Jack fue en aumento.

—¿Conoce también a Tobías?

—He tenido un asuntillo con él.

El jugador soltó su risita seca, diciendo:

—¡Henry liado con la policía! Ésa es una noticia que podía interesar.

—¿A quién?

—Olvédelo. Hablaba conmigo mismo.

Jim sabía que estaba pisando un terreno hartamente resbaladizo. Era preferible coger al toro por los cuernos antes que ser cogido por él.

—¿A qué hora tuvo su diálogo con Tobías?

—A las siete y media. ¿Qué demonios tiene que ver eso con lo que le trae aquí?

—Tobías fue hallado muerto en su apartamento a las nueve de la noche.

Jack abrió la boca, pero no emitió sonido alguno.

—Le pegaron un tiro a quemarropa —martilleó Jim sobre caliente

—. En la habitación no había ningún arma. Asesinato en primer grado. Y ya sabe lo que significa para el que lo hizo. La última pena.

—¡No creerá que yo lo hice, capitán!

—Llámeme Madison a secas. Recuerde que esta visita no es oficial.

—¡Tobías y yo nos llevábamos bien, señor Madison!

—¿Para qué fue a verlo?

—Le tenía que pagar seis de los grandes. Era una vieja deuda.

—¿Por qué le debía esa cantidad?

Jack se frotó la barbilla, humedeciéndose los labios con la lengua.

En su frente empezaron a formarse pequeñas gotas de sudor.

—¿Me permite una pregunta, Madison? —inquirió, y al recibir un asentimiento por respuesta, añadió—: ¿Pertenece usted al departamento de Narcóticos?

—No.

—De acuerdo. De todas formas, es agua pasada y no se puede

probar nada. Coloqué por cuenta de Tobías unas onzas de M y C.

—Morfina y cocaína; bonito negocio —comentó Jim—. ¿Quién más hay metido en él?

—Me las entendí con Tobías. No conozco a nadie más. Yo era únicamente un detallista.

—¿Por qué eligió hoy precisamente para ir a pagarle?

—Mc llamó ayer por teléfono para decirme que vendría mañana a Las Vegas, pero que necesitaba el dinero inmediatamente porque se encontraba en un grave apuro.

Jim se miró las puntas de los zapatos, preguntando luego:

—¿Quién es el mestizo?

—¿Cómo? ¿No lo ha enviado él?

En aquel momento, Tony, el que había sustituido a Jack en la mesa de dados, siseó desde el umbral de la terraza a su amigo. Éste se separó de Jim con la frente arrugada y escuchó durante cinco minutos a Tony. Luego regresó junto a Madison.

—Conque tú eras de la poli, ¿eh? —dijo rechinándole los dientes.

—No te dije que lo fuera. Fue idea tuya, Jack.

—¡Te voy a hacer pedazos!

Jimmy dio un salto hacia atrás, sacando rápidamente una pistola del bolsillo interior de la chaqueta.

—Anda, Jack, intenta ponerme la mano encima y mañana seré el héroe de los periódicos. «Un joven audaz liquida a un contrabandista de drogas y asesino».

Peter quedó con el puño cerrado en el aire.

—¿Qué te ha dicho Tony? —inquirió Jim.

—Que ha llamado Mitzi Clooney anunciando que había recibido la visita de un representante de la alcaldía. Ella es muy inocente. Cree que los del municipio hacen horas extras de regalo. La descripción coincide con tu estampa.

—Será preferible que vuelvas a tu mesa. Ya volveré cuando necesite más información.

Jack se mordió el labio inferior, diciendo ominosamente:

—¡Me las pagarás, Madison!

Jim, al verlo entrar en el salón, aspiró profundamente, giró sobre sus talones y se apoyó en la balastrada, dedicándose a pensar en lo que acababa de oír. Jamás hubiera imaginado que Henry Tobías, todo un secretario de un Club de Tímidos, pudiese dedicarse a

contravenir la ley. ¿Por qué lo había escogido, pues, a él, junto con Romo, para realizar una misión? ¿Qué trabajo era éste? ¿No le había asegurado que se trataba de un asunto legal?

De pronto, sus pensamientos fueron interrumpidos por un grito femenino. Se volvió como un rayo y contempló a la mujer más hermosa que había visto en su vida. Era una joven de unos veinte a veintidós años, morena, de cabello negro y ojos del mismo color. Se medio cubría el cuerpo con un traje de noche rojo sangre, el busto rodeado de encaje blanco, que contrastaba deliciosamente con su refulgente belleza. Tenía las manos en las mejillas y sus pupilas estaban fijas en él, en Jimmy Madison.

—¡No, no lo haga, caballero! —exclamó ella.

Jim estaba confuso, y ella dio un paso hacia él.

—¡Piense en sus hijos!

—No tengo hijos —acertó a decir Jim, tragando saliva.

—¡En su esposa!

—Tampoco estoy casado...

—¡Pero tendrá a alguien en el mundo que sienta su muerte!

Entonces se hizo la luz en el cerebro de Jim. Continuaba con la pistola en la mano... ¡y se hallaba en una casa de juego!

CAPÍTULO III

Jim tuvo que hacer un gran esfuerzo para no lanzar una carcajada.

En su lugar puso una cara trise, y dijo con voz solemne:

—Nadie puede sentir que yo desaparezca.

La hermosa joven parpadeó una y otra vez antes de preguntar:

—¿No tiene siquiera un amigo?

Jim negó con la cabeza.

—Bueno... —Ella titubeó nerviosa, tratando de encontrar una razón que alegar, y por fin pareció haberla hallado, porque sonrió triunfalmente diciendo—: ¡Pero se tiene usted a sí mismo!... ¡La vida es hermosa! ¡Vale la pena de vivirla! Usted está desmoralizado. Ha perdido su fortuna. Su derrota es sólo aparente. Es joven... ¡puede rehacerse! Sólo es cuestión de fuerza de voluntad.

El la contemplaba admirado. ¿De qué nube había caído aquel ángel?

—Vamos, guarde esa pistola.

Jim sintió el contacto de la suave y tibia piel de la joven con la suya. Le estaba guiando la mano hacia el bolsillo de la chaqueta.

Después de guardar el arma hubo un largo silencio.

—Las casas de juego debían estar prohibidas en todo el país —dijo la muchacha.

—Pero usted se halla en una de ellas.

—He venido acompañando a unos amigos. No he podido resistir por más tiempo el venir a observar cómo se deshumanizan las personas a la vista de una rueda que da vueltas, un naipe o un par de dados.

—¿Pertenece usted a la Liga de las Buenas Costumbres?

—¡Oh, no! Es un sentimiento particular.

—Quizá tenga razón, señorita. Esto me recuerda que no nos hemos presentado. Mi nombre es James Madison.

—El mío Susan Rush.

Se estrecharon la mano sonriendo.

—¿Se encuentra mejor, señor Madison?

—Sí, desde luego. Le debo a usted mucho.

—No creo que se decidiese a disparar.

—¿Por qué no?

—Me parece que no pertenece usted a esa clase de personas que llegan al extremo de perder la confianza en sí mismos.

De pronto una voz de mujer llamó a sus espaldas:

—¡Susan!... ¡Nos vamos ya!

La joven se despidió de Jim y éste preguntó:

—¿Puedo verla mañana?

—No será posible. Tengo mucho trabajo.

—¡Pero usted tiene una responsabilidad sobre mí!

Entre las dos cejas de Susan apareció un fruncimiento.

—¿Yo, señor Madison? ¿Por qué?

—Me ha devuelto la vida. Quizá mañana vuelva a sentirme pesimista. Estaré otra vez en peligro.

La joven rió y su risa fue una delicia para Jim.

—Está bien. Venga a verme al hotel de la Estrella. ¿Le parece bien a las cinco?

Jim dio la conformidad, siguiendo con la mirada a la joven hasta que salió de la terraza.

Cuando él, minutos más tarde, se encaminaba por la calle hacia La Herradura, su mente sólo estaba ocupada por la imagen de Susan Rush.

No pudo oír el ronquido fuerte producido por el motor del automóvil que velozmente cruzaba la calle.

Sólo oyó dos disparos, el silbido de las balas que silueteaban su figura e instintivamente se arrojó al suelo al tiempo que un alarido de mujer rasgaba el aire.

El coche, de carrocería negra, desapareció por una curva.

Jim abrió y cerró los ojos, palpóse el cuerpo y llegó a la conclusión de que todavía estaba vivo.

Varios transeúntes se acercaron a él corriendo, pero no necesitó ayuda para levantarse.

Sólo a unas yardas, la mujer que había gritado se apoyaba en la pared asustada.

—¿Es posible que no le hayan dado? —preguntó uno de los peatones.

—Ha tenido suerte —contestó otro sin dejar de mirar a Jim—. El coche iba demasiado aprisa. ¿Quiere que llamemos a la policía?

—No, muchas gracias —dijo Madison—. Yo presentaré la denuncia.

Buenas noches.

Siguió andando, dejando a los curiosos sorprendidos, y poco después llegaba al hotel.

Cuando entró en el departamento, cerró la puerta con llave y dio un resoplido, sintiendo que todavía le temblaban las piernas.

Se acostó, no logrando conciliar el sueño hasta una hora más tarde.

A las diez de la mañana lo despertó la voz destemplada de Romo, que cantaba mientras se lavaba.

Jim prefirió silenciar lo ocurrido la noche anterior, a fin de no inquietar a su amigo.

Desayunaron abajo, consiguiendo Jim informarse, por el mozo que atendía su mesa, de que los tímidos celebraban la Convención en el hotel Majestic.

A las once llegaban al Majestic y pasaron al vestíbulo. Un hombre galoneado, a la puerta del salón, examinaba las credenciales de las personas que debían tomar parte en la asamblea.

Jim pegó con el codo en un costado a su socio y ambos se encaminaron hacia la sala, tratando de pasar inadvertidos al cancerbero. Pero la voz de éste les inmovilizó:

—Sus carnets, caballeros...

Jim sonrió, contestando:

—Aún no los tenemos. No es culpa nuestra.

—Lo siento: no pueden pasar.

Los dos amigos tuvieron que retroceder.

—¿Qué hacemos ahora? —inquirió Silver.

Jim pensó durante un minuto y, finalmente, hizo una señal a Romo para que lo siguiese. Salieron del hotel e introdujéronse en una cabina telefónica que se hallaba a poca distancia. Madison solicitó de la central el número del Majestic y luego disco éste, diciendo cuando cogieron el auricular al otro extremo:

—¿Quiere hacer el favor de avisar al presidente de la Convención de Tímidos?

Mientras iban a cumplimentar el ruego, Jim dijo a Romo:

—Sería la primera vez que el presidente llegase temprano a una reunión de esa clase.

—¿Qué te propones?

—Luego lo verás.

Por fin contestó una voz desde el hotel:

—El señor Kendall aún no ha llegado.

Jim colgó y contó sesenta segundos, volviendo a discar el número de antes.

—Oiga... —dijo con voz un poco agitada—. Póngame inmediatamente con la persona más responsable de la Convención que haya ahí...

Transcurrido otro rato volvieron a coger el auricular del Majestic.

—¿Con quién hablo? —preguntó Jim.

—Aquí Bart Spincer, maestro de ceremonias de la Convención. ¿Qué desea?

—Hemos pescado al señor Kendall esta noche, señor Spincer...

—¿Pescado?... ¿El señor Kendall?... ¿Qué quiere decir?

—Estuvo de francachela con ciertas chicas ligeras... ya me entiende...

Una exclamación de asombro corrió por el cable, birbiqueando en el oído de Jim.

—¡Es imposible!... ¡El señor Kendall!...

—Sí, Clarence Kendall, que se aloja en La Herradura, apartamento 28.

Spencer dio un resoplido de alivio.

—No, caballero. Nuestro presidente se llama Norman Kendall...

—Nos habrá dicho otro nombre por temor a la vergüenza pública.

—El que ustedes han pescado es otro Kendall... Nuestro presidente se aloja en el Atlantic.

Jim colgó definitivamente y abandonó la cabina con su amigo. Tomaron un taxi, que los dejó ante un edificio de aspecto suntuoso, el ocupado por el hotel Atlantic.

Preguntaron en el *comptoir* por el apartamento del señor Kendall, y cuando se lo indicaron subieron en el ascensor.

Jim pulsó el timbre de la puerta 32, y cuando ésta fue abierta por un individuo de sonrisa estereotipada, dijo:

—Mi amigo y yo deseamos ver al señor Kendall... Venimos de Nueva York con éste sólo objeto...

El otro les rogó que pasasen y poco después Jim y Romo estrechaban la mano de un hombre obeso, de unos cincuenta años, vestido con elegancia.

Después de las presentaciones, Kendall exclamó:

—¡Caramba!... ¡Vienen de Nueva York! ¿Y sólo para hablar

conmigo?

—Hemos tenido noticias del éxito de sus clubs y decidimos hacer el viaje para que nos informe al respecto, con el fin de crear uno similar en nuestra ciudad...

—¡Magnífico!... No sabía que se interesasen por nosotros desde tan lejos... ¡Pero usted no parece tan tímido, señor Madison!...

—Ni usted tampoco. ¿O es que ha perdido la timidez de algún tiempo a esta parte?

Kendall soltó una risotada.

—¡Eso es bueno, señor Madison!... Naturalmente, vendrán conmigo a la Convención. Serán ustedes observadores por la ciudad de Nueva York... Suena bien, ¿eh?

En aquel instante se abrió la puerta interior de la suntuosa sala en que se celebraba la conversación y Jim dio un respingo, porque quien apareció fue la joven que la noche anterior había conocido en la terraza de Eldorado. Ella también se mostró sorprendida. Pero ambos se rehicieron inmediatamente.

—Mi secretaria, la señorita Susan Rush —presentóles Kendall—. El señor Madison y el señor Silver, que se interesan por nuestros clubs...

Susan vestía blusa blanca y falda negra muy entallada, y que hacía resaltar sus finas y torneadas piernas. Parecía una modelo escapada de la más exquisita revista femenina.

—Mi secretaria se encargará de proporcionarles cuantos datos necesiten...

La joven inclinó suavemente la cabeza, murmurando con un tono que a Jim le pareció irónico:

—Será un placer...

—Perdónenme si les abandono unos minutos, pero el caso es que no he desayunado aún. A menos que deseen acompañarme...

Jim dijo que ellos ya lo habían hecho y en la sala quedaron los dos amigos a solas con Susan, ya que el hombre de la sonrisa estereotipada, que se llamaba Elmer Duff, se fue tras Kendall.

—¿Puedo hablar en presencia del señor Silver, señor Madison? —preguntó con voz irritada Susan.

—Naturalmente.

—Usted creerá que soy una estúpida...

—No la comprendo... —Frunció el ceño Jim.

—Por pensar anoche que usted se iba a suicidar. Ahora, al verlo aquí, he comprendido que aquella arma en su mano significaba otra cosa...

—¡Puedo ser policía! —exclamó Jim.

—Pero no lo es, ¿verdad? ¿O es que piensa acumular mentira sobre mentira?

—Admito que no lo soy; pero tengo licencia para usar armas. Usted corre muy aprisa, señorita Rush.

—¿Qué es lo que pretende con su farsa? Porque no me van a hacer creer que es cierta su pretensión de fundar ese club en Nueva York...

Romo asistía como testigo mudo, cada vez más estupefacto, al peloteo verbal.

Jim chasqueó la lengua, diciendo:

—Señorita Rush, es posible que las circunstancias nos hagan aparentar algo que no somos...

—¿Cuál es la explicación de su conducta entonces?

—No puedo adelantarle nada ahora, pero le prometo que muy pronto disiparé sus dudas en cuanto a nuestra moralidad...

—Ya veo que no son palabras precisamente lo que le falta a usted. Pero no le valdrán de nada en esta ocasión.

La actitud de la joven era enérgica.

—¿Quiere decir que va a poner en guardia contra nosotros al señor Kendall? —preguntó Jim.

—No me dejan ustedes otra alternativa.

Madison accionó con las manos, tratando de hallar una solución al problema planteado.

—Señorita Rush; es muy importante para mi amigo y para mí el tener libre acceso a la Convención que se va a celebrar. ¿Me creería si le digo que la vida de alguna persona puede estar en peligro y que nosotros sólo pretendemos llevar a cabo una investigación?

Los ojos de los dos jóvenes estuvieron mirándose durante algún tiempo.

Por fin, Susan dijo:

—Les concederé cuarenta y ocho horas.

—De acuerdo. Le estamos muy agradecidos.

—¿Cuarenta y ocho horas? —protestó Romo—. ¿Es que te has vuelto loco, Jim?... En ese plazo lo que habremos conseguido es

meter más los pies en el cieno... ¿Y quién nos va a ayudar a salir de él?... ¡Yo estoy conforme con lo que usted dice, señorita Rush, de avisar ahora mismo al señor Kendall!... ¡Así podremos liquidar este asunto y largarnos cuanto antes de Las Vegas!...

—No le haga caso, Susan —la llamó Jim por su nombre.

La joven al oír a Romo había quedado mejor impresionada; por lo que sonrió, contestando:

—Recuérdelo, señor Madison. Tiene dos días para realizar su investigación.

En ese instante el teléfono repiqueteó y Susan cogió el auricular.

—Sí, diga... ¿Quién?... ¿Tobías?... De acuerdo, suba usted...

Jim y Romo se miraron y cada uno pudo comprobar que el rostro del otro había perdido el color.

Madison, tras un esfuerzo, consiguió preguntar a la joven:

—¿Quién es el que va a subir?

—Henry Tobías, el secretario de uno de los clubs.

Silver se dejó caer en un sillón cercano, y Jim trató de poner en orden, inútilmente, sus pensamientos.

El timbre de la entrada zumbó y Susan acudió a abrir, mientras los ojos de los ex paracaidistas se clavaban en la puerta.

CAPÍTULO IV

Susan tiró de la puerta y en el hueco que se produjo apareció un hombre de unos cincuenta años, de ojos claros, nariz regular y mentón prominente.

—¿Qué tal, señorita Rush? —saludó, entrando en la habitación.

Jim y Romo lo contemplaron embobados como si fuera un fantasma.

Susan hizo las presentaciones y los dos amigos estrecharon sucesivamente la mano del recién llegado, convenciéndose de que era de carne y hueso y de que no guardaba ningún parecido con el Henry Tobías que habían dejado muerto en Los Angeles.

—Desearía hablar un instante con el presidente, señorita Rush... —apuntó Henry.

—Puede pasar. El señor Kendall le espera...

—No se moleste —dijo Tobías, adelantándose a la joven—. Conozco el camino.

Cuando volvieron a quedar solos, Susan observó las caras de Jim y Romo, diciendo:

—¿Les ocurre algo?

—A mi sí —admitió Silver, en tono compungido.

Jimmy se cogió la barbilla con la mano y pensó largo rato en el rompecabezas que su cliente les había legado. Sí, todo era un contrasentido, una ininterrumpida serie de acontecimientos sin la menor ilación aparente entre sí. Por más que esforzaba su mente no conseguía dar con una explicación lógica. Por fin, sintiendo que los ojos de Susan le observaban, claudicó preguntando:

—¿Cuánto tiempo lleva con el señor Kendall, señorita Rush?

—Seis meses y ocho días.

—¿Fue a él a quien se le ocurrió esa idea de los clubs de tímidos?

—No puedo decirle. Cuando fui aceptada como secretaria, los clubs llevaban dos años funcionando.

—¿Puede informarme sobre su constitución, los fines que persiguen y aquellos que ya han logrado?

—Tengo idea de que la constitución de los clubs, según consta en

las Memorias archivadas, fue muy penosa al principio. Se publicó un llamamiento en la Prensa, pero tuvieron que enfrentarse naturalmente con la esencia del problema. Los tímidos no se presentaban, en virtud de su complejo. Muchos enviaron una carta de adhesión junto con el giro postal de la cuota de ingreso. Entonces, los directivos de la asociación tuvieron la excelente idea de crear las brigadas de «tímidos de choque», integradas por los socios más voluntariosos, los cuales animándose mutuamente y sacando fuerzas de flaqueza, con su elevado sentido de solidaridad, comenzaron a ir de casa en casa a la búsqueda del colega retraído, para sacarlo de su domicilio y llevarlo al club.

—Y ésta fue la iniciación del éxito —comentó Jim.

—Exactamente. Según me han contado, en los primeros tiempos todo era aturullamiento y rubores... Pero los directivos del primer club que se fundó, el de San Francisco, tuvieron otra idea. Contrataron a chicas decentes y las introdujeron en el local social. En las noches de fiesta, apenas la orquesta había empezado a tocar un *slow* o un *boogie-boogie*, los tímidos más recalcitrantes se veían cogidos del brazo y empujados hasta la pista de baile por unas amables y sonrientes señoritas. Así se fue rompiendo la capa de hielo y muy pronto las muchachas tímidas también comenzaron a ingresar, ganadas por la propagación del ambiente familiar que existía en la asociación.

Romo se echó a reír; y, ante la furibunda mirada que le dirigió Jim, explicó:

—Estaba pensando en cómo debe ser una declaración amorosa de un tímido a una tímida...

—Tal problema no existe en nuestros clubs —contestó Susan—. Para esas declaraciones se implantó una fórmula que consiste en que el enamorado se encierra en una cabina donde hay instalado un magnetófono, y allí, en la soledad, dice ante el micro lo que nunca se hubiera atrevido a susurrar a la elegida de su corazón. Previamente ha dictado el número que tiene en la lista de socios la muchacha de quien está enamorado. Yo le envío a la chica una carta por correo invitándola a escuchar la grabación que le está destinada. Si está dispuesta a oírla, acude al club, entra en la cabina, pide el número, escucha la declaración y contesta de igual forma, con el sí o el no. En caso afirmativo, las «brigadas de

choque» son las encargadas de ponerlos en contacto directo.

Kendall salió sonriente al *living-room*, seguido por Tobías y Elmer.

—¿Qué, señor Madison? ¿Se va informando sobre nuestros clubs?

—Muy interesante todo —contestó Jim.

—Podrá apreciar mejor nuestra labor a través de los discursos que han de pronunciar los ponentes de la Convención. Ahora debemos irnos. La inauguración está fijada para las doce y media y sólo restan unos minutos.

Ya en la calle, y como solo había dos coches, el del presidente y el de Tobías, hubo necesidad de dividirse.

Jim declinó la invitación de Kendall en obsequio de Susan y Elmer. Lo que él deseaba verdaderamente era hacer el recorrido en unión de Tobías, cosa que consiguió juntamente con Romo.

Cuando el automóvil se deslizaba por la calzada, Jim preguntó, no poniendo demasiado interés en su voz:

—¿Tiene algún hermano, señor Tobías?

Henry levantó los ojos hacia el espejo retrovisor, contestando:

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—Conocí a alguien hace unos meses que también se llamaba Tobías. ¿Algún familiar?

—Que yo sepa, no tengo ninguno. Mi familia es oriunda de Nuevo México. Quizá quedase algún Tobías por allá; pero no he tenido nunca noticias de ello...

Jim prefirió guardar silencio durante el resto del camino. Todos sus intentos le parecían palos de ciego. Era mejor callar a levantar la caza.

Los coches aparcaron en lugar próximo al Majestic. Al penetrar el grupo en el salón de sesiones, el conserje no pudo evitar un gesto de asombro viendo a Jim y a Romo departir amablemente con el presidente de la Federación de los Clubs de Tímidos.

Los socios se pusieron en pie aplaudiendo a Kendall, quien se dirigió a la mesa presidencial repartiendo sonrisas e inclinaciones de cabeza.

Jim dejó ir a Silver con toda la comitiva, quedándose él cerca de la puerta.

Poco después, Kendall comenzaba el discurso inaugural. Declaró que el principal problema que a la federación se le presentaba era el de desenmascarar a los falsos tímidos que intentaban ingresar

subrepticamente, para beneficiarse con las indudables ventajas que suponía una timidez oficialmente reconocida. Con ello arrancó una estruendosa ovación y Jim dedujo que en aquel lugar no iba a adelantar un paso, tal como estaba planteado el asunto que les había llevado a Las Vegas.

Decidió que en el bar del hotel, mientras tomaba un *whisky*, podía ocurrírsele alguna idea y hacia él se dirigió, abandonando el salón. Consumió el contenido de dos vasos, sin que la inspiración acudiese en su ayuda, y pidió un tercer *whisky*.

—Ése lo pago yo —dijo una voz a su lado.

Giró la cabeza y vio a un hombre cincuentón, de estatura regular y rostro simpático, que vestía un traje gris de impecable corte.

—Soy Carl Wade, tímido de solemnidad —dijo extendiendo la mano—. No le engaño; mi valor no es genuino, lo debo al *whisky*.

Jim dio su nombre y cambiaron un apretón de manos.

—¿También es de los nuestros, señor Madison, o le importa un rábano lo que se dice ahí dentro?

—¿Sabe de algún tímido que haya servido en la Infantería de Marina, señor Wade?

—¡Oh, eso está bien!... Quizá haya puesto el dedo en la llaga. El uniforme suprime la timidez. Yo me libré en la primera guerra mundial por estrecho de pecho...

Bebieron y luego Jim correspondió invitando a Wade.

Otro hombre llegó cerca de ellos dando traspiés y exclamando:

—¡Caramba!... ¡Si es la Enciclopedia Humana!... ¿Cómo te va, Enciclopedia?... —Palmeó tan fuerte a Wade que estuvo a punto de tirarlo del taburete—. ¿Me invitas a una copa?

—Llevas dentro un océano de ginebra, Cooper —contestó Wade—. Será mejor que te vayas a dormir.

Cooper dirigió una mirada a Jim y dijo con voz tartajeante de borracho:

—¿Le interesa conocer algo? ¡Pregúntele a mi amigo, la Enciclopedia Humana! Es tan tímido que se ha pasado treinta años de su vida estudiándolo todo. Desde la vida de las hormigas hasta la barrera del sonido... ¡Sí, señor! Rebusque en su cerebro una cuestión sobre la que tenga duda y verá cómo se la resuelve Wade. ¡Contra más difícil, mejor! ¡Le apuesto un vaso de ginebra a que Wade le contesta correctamente!

—Bueno —admitió Jim por no discutir—. Yo no tengo inconveniente.

Wade fue a oponerse, pero Cooper le hizo callar, gritando como si fuese el locutor de un concurso radiofónico:

—¡Adelante, caballero! ¡Haga su pregunta! ¡La Enciclopedia Humana sólo invertirá el inapreciable tiempo de treinta segundos en contestar!

Jim inquirió:

—¿Qué población tenía nuestro país en 1790?

Wade contestó rápidamente, mientras Cooper sonreía balanceando la cabeza.

—

3 929 236

habitantes, de los cuales

3 231 429

eran libres y

697 807

esclavos.

Cooper lanzó un estentóreo «hurra», en tanto que Jim quedaba mudo de admiración.

—Puedo darle, si quiere —dijo Wade—, la población libre y esclava de los dieciséis Estados que componían entonces la Unión.

—No —repuso Madison—. Me basta con la primera noticia.

Jim sabía que la respuesta dada por la Enciclopedia Humana era exacta, por haber sido la materia objeto de su tesis cuando se graduó en la Universidad.

Cooper pidió al mozo la copa de ginebra, y después de beber un largo trago, dijo a Wade:

—A propósito, Carl... ¿Has oído algo de la fuente de la sabiduría? ¡Vaya negocio! Esta noche iré a tu apartamento y te hablaré de esa maldita fuente. Ahora tengo una cita, una cita con una estupenda muchacha. No puedo faltar... ¡A vuestra salud, amigos!

Bebió el líquido que quedaba en el vaso y se marchó dando bandazos.

—Simpático el tipo —comentó Jim—. ¿Quién es?

—Se llama George Cooper —contestó Wade—. Dice que es agente de bienes raíces en Sacramento. Lo conocí hace unas semanas y ayer me lo encontré por la calle. Le dije que celebrábamos nuestra

Convención aquí.

Al cabo de un rato, Jim se despidió de la Enciclopedia, dirigiéndose a La Herradura. Quería sostener una nueva conversación a solas con Mitzi Clooney. Esta vez, al llamar en la puerta del apartamento 67, le abrieron sin preguntar quién era. Mitzi, vestida para salir a la calle, más hermosa, si cabe, que la noche anterior, lo miró despreciativamente y fue a cerrar. Pero él metió el pie, impidiéndoselo.

—Se me olvidó preguntarle unos cuantos datos ayer, señorita Clooney.

—¡Déjese de monsergas! —exclamó ella—. ¿A quién representa hoy? ¿Al Negus de Abisinia?

—¿Así que Jack le ha puesto al corriente...?

—Fue un pelirrojo que vino a mi ventana.

—A Henry no le gustaría nada saber su romance con ese tirador de dados.

Las pupilas de Mitzi chispearon, pero terminó por decir de mala gana:

—Está bien, pase.

Jim entró, y cuando estuvieron de nuevo enfrentados, hizo la primera pregunta:

—¿Qué vino a hacer Henry a Las Vegas hace dos meses?

—No me ocupo de sus asuntos particulares.

—¿A qué se dedica Henry, además de llevar la secretaría del club de Pasadena?

—¿Quiere que le repita la misma respuesta?

Jim dio unos pasos por la habitación y se detuvo mirando a la rubia.

—¿Sabe, Mitzi, que hay un asesinato en todo este lío? ¿Sabe que se puede usted estar complicando sin darse cuenta?

En aquel instante se abrieron las cortinas que colgaban ante la puerta interior y apareció Jack Pete con una pistola en la mano.

—Tratando de engañarla, ¿eh? —murmuró, con una sonrisa feroz—. Y con el mismo sucio cuento que me endosó a mí...

—¡Estoy diciendo la verdad, Jack! —exclamó Madison.

—Sí, ya lo sé. Henry Tobías fue encontrado muerto anoche en Los Angeles a las nueve. Anda, guapa, dile a este imbécil el nombre de la persona que estuvo aquí hace un rato.

—Henry Tobías —contestó Mitzi.

—¡Yo no he sabido, hasta conocer a su prometido, que el muerto en Los Angeles me había dado su nombre falso!

—¿Y espera que nos lo traguemos? —dijo mordaz el jugador—. ¿Se cree que acabamos de salir de un orfelinato? ¡Esto le va a costar caro, labriego!

Levantó peligrosamente la pistola y Jim habló con rapidez.

—¿Qué interés tengo en engañarles? ¿Para qué creen que estoy aquí? No soy policía.

—Lo hemos comprobado.

—Entonces, digo la verdad. No puedo tener otra razón que la de descubrir al asesino del hombre que se confió a mí.

—¿Es posible que alguien haya hecho esa estupidez? —rió Jack, engallado.

—Es fácil decir eso con un arma en la mano.

—Hoy es mi turno. Y le aseguro que lo voy a aprovechar mejor que usted.

—¿Por qué había de matarme? Sería tanto como confesar que tuvo que ver con el crimen de ese desconocido.

—¡Yo le diré quién es usted, Madison! Un agente del Gobierno, un sucio polizón del Departamento de Narcóticos.

—¿Y mi credencial?

—Es corriente que operen sin ella. Sería fácil para cualquiera quitársela para echarle un vistazo.

—¡Le dije anoche que me tenían sin cuidado sus andanzas de contrabandista de drogas, Jack! Si le hubiese mentido, he tenido tiempo suficiente para haberlo denunciado y detenido.

—¡Qué ingenuo! ¡A usted le interesan los peces gordos que hayan detrás de mí! ¡Eso es lo que busca y por ello me dio carrete anoche!

—¡Son suposiciones tuyas carentes de base!

—Suposiciones o no, lo voy a retirar de la circulación, compañero.

La sentencia había sido pronunciada, resolviendo la apelación. Ahora sólo se trataba de su cumplimiento.

Jim tragó saliva, calculando que lo separaban de su verdugo cinco yardas.

—¿Lo va a hacer aquí, Jack?

Mitzi fue quien contestó.

—¿Está loco? Jack sabrá donde llevarlo.

El jugador emitió una risita y señaló con la pistola a la puerta de salida.

—Andando, Madison. Despídase de la dama.

Jim miró a Mitzi y dijo:

—Hasta la otra, señorita Clooney.

Luego dirigió sus ojos a la puerta y echó a andar, al tiempo que Jack se le adelantaba de perfil, manteniéndole a raya, para abrirle.

Cuando Peter puso la mano en el picaporte, Jim saltó sobre aquél, como un tigre clavándole una zarpa en la muñeca armada y hundiéndole el otro puño en el estómago.

Jack lanzó un gemido y se desplomó de rodillas soltando la pistola, de la cual se apoderó rápidamente su rival.

Mitzi gritó, pero no pudo acudir en ayuda de su amigo porque todo había sucedido en dos segundos.

—Bien —dijo Jim alegremente, retrocediendo un paso—. Hay un cambio de decoración imprevisto. ¡Levántate, Jack!

Peter se incorporó resoplando.

—¡Maldito policía!

—Eres muy bruto, Jack. Los de tu clase huelen un agente a una milla de distancia. Tu olfato debe estar muy mal. No voy a pretender convencerte ahora. Ya oíste las preguntas que le hice a tu amiguita. Vas a contestarlas tú ahora.

—No las oí.

Jim se acercó al jugador y le propinó un culatazo suave en la barbilla, pero suficiente para arrancarle un aullido de dolor.

—Vamos, Jack, ánimo. Será un diálogo corto.

—Henry me proporcionó la M y C hace dos meses.

—¿Desde cuándo os conocíais?

—Entablamos amistad el año pasado, cuando vinieron esos idiotas de los clubs.

—¿Cuántas operaciones habéis hecho juntos?

—Ésta ha sido la primera. Yo no me había atrevido hasta entonces.

—Tú y Mitzi os entendíais ya. ¿No es eso?

—Sí.

—Tú se la presentaste a Henry y él se enamoró de ella.

—Sí.

—Estupendo. Esto marcha. ¿Quién le proporciona la mercancía a Henry?

—No lo sé —contestó Jack. Y al ver que Madison se le echaba nuevamente encima, gritó—: ¡Le juro que es cierto! ¡En este negocio se opera así! Los de arriba han de permanecer en el anónimo para el caso de que caigan los detallistas como yo...

—Está bien. Lo acepto. Ahora dime, ¿en qué lugar viste a Henry en Los Angeles?

—En un apartamento del hotel Unión. Sólo permanecí allí el tiempo que él invirtió en contar los seis mil. Se los llevé en billetes de cien y veinticinco.

—¿No te explicó concretamente para qué los quería?

Jack negó con la cabeza.

Madison reflexionó un instante, y con la mano libre, sacó del bolsillo interior de la chaqueta la foto que había pertenecido al falso Tobías.

—¿Has visto alguna vez a esta mujer, Jack? Mírala bien antes de contestar.

Peter cogió la fotografía y después de mirarla atentamente, la devolvió, contestando:

—No, no la he visto en mi vida.

Jim sintió de nuevo desvanecerse sus esperanzas y chasqueó la lengua, acercándose a la puerta.

—Una última pregunta que no tiene nada que ver con mi asunto. ¿Qué piensa hacer ahora que usted, Mitzi, y Henry se van a casar?

—Jack y yo hemos terminado amistosamente —contestó ella—. Él se hace cargo de que es mejor para los dos.

—El infierno está empedrado de buenas intenciones —dijo Madison—. Me quedo con tu pistola, Jack, y olvídate de que existo. No me agradan los muchachos rencorosos. Mi enhorabuena, Mitzi.

Salió al pasillo y cerró la puerta, dirigiéndose hacia su apartamento. Se había ganado un buen descanso y llevaba dos días durmiendo a ratos.

Abrió con la llave y se coló dentro, quedando inmóvil. Sentado en una silla, a su derecha, se hallaba George Cooper, el agente de bienes raíces amigo de la Enciclopedia Humana. Tenía la barbilla hundida en el pecho como si durmiese.

—¡Eh, Cooper! —lo llamó—. ¡Se ha equivocado de cuarto!

Le puso una mano en el hombro para zarandearlo, pero repentinamente se venció, desplomándose en el suelo.

Ya se le había pasado la borrachera. Alguien le había ayudado a conseguirlo, aun cuando el medio utilizado no fuese el deseable. Le habían clavado un cuchillo en el pecho, a la altura del corazón.

CAPÍTULO V

Jim necesitó varios minutos para recobrase de la sorpresa. Luego intentó encontrar respuesta a una pregunta. ¿Por qué habían dejado el cadáver de Cooper en su apartamento? No, estaba demasiado lejos de su alcance. Por de pronto, tenía que registrar al muerto.

Con él habían sido más condescendientes que con el impostor de Henry Tobías. Conservaba su documentación. Un carnet de agente de bienes raíces con validez para el Estado de California. Residía, antes de ser acuchillado, en San Bernardino, paseo de las Acacias, 234. No dejaba esposa ni hijos. ¿Quién lo lloraría, pues? Un centenar de dólares en la cartera y eso era todo. George Cooper no volvería a pedir una copa de ginebra más, aun cuando había acumulado una buena reserva para el último viaje.

Jim lo miró tristemente durante largo rato. De pronto se dio cuenta de qué modo lo habían asesinado. Lo atrajeron a su apartamento, abrieron con llave falsa y una vez dentro... Sí, era fácil clavar un cuchillo a un borracho. ¿Quién era el carnicero? ¿El mismo que disparó sobre el hombrecillo de Los Angeles? En ese caso, había que admirar su variedad de medios expeditivos.

Un pensamiento cruzó raudo por su mente y lo cazó antes de que pudiese sumergirse en el mar negro del olvido.

¡Cooper había dicho que estaba citado con una muchacha estupenda!

Cogió el teléfono y marcó el número del Majestic.

—Oiga, ¿quiere hacer el favor de ver si se halla en el bar el señor Carl Wade?

Transcurrieron dos minutos.

—Aquí Carl Wade. ¿Quién me llama?

—Soy James Madison. Sólo es para hacerle una pregunta. ¿Conoce o ha visto usted a la joven con la que su amigo Cooper estaba citado?

—No. ¿Ocurre algo?

—Nada de importancia. ¿Dónde se aloja Cooper?

—En La Herradura, pero no recuerdo el apartamento.

—¿Usted está en el Majestic?

—A todas las horas del día y de la noche, despierto o dormido.

Jim le dio las gracias por el informe, colgó y a poco se puso en contacto con el vestíbulo, solicitando la presencia del jefe de «botones».

Bert Robin tardó diez minutos en tocar la puerta y entonces Jim salió al corredor.

No se anduvo con rodeos y sacó diez dólares del bolsillo.

—Esto es para ti, Bert.

—¿A cambio de qué? —inquirió el otro, resistiéndose a coger el dinero.

—Por dos minutos en el apartamento de George Cooper.

—Eso va contra el reglamento.

—También va contra él el espiar a los huéspedes. Y éstos son diez dólares...

—¡Me juego el empleo! —protestó Robin, echando una mirada a los billetes.

Jim añadió tres más de a dólar y el otro dijo:

—Sólo los tomo porque el trece es mi número favorito. Venga conmigo. Es en el piso de arriba.

Subieron por la escalera y poco después Bert abrió la puerta 85 con una llave maestra que había extraído de sus faldones.

—Le esperaré tan sólo esos dos minutos —advirtió antes de que Jim desapareciera en el interior.

Pasó de largo por el *living-room* y se metió en el dormitorio. Todo estaba en orden. Acercóse a un armario y sacó una maleta. Sólo contenía ropa. Se iba a retirar cuando vio una chaqueta en el perchero. Registró los bolsillos exteriores. Nada. Luego, los del interior. ¿Qué era aquello? Había tocado una cartulina. La extrajo y al mirarla, un estremecimiento le sacudió de pies a cabeza. Era una foto. Sacó la que conservaba desde el hallazgo del primer cadáver y las comparó. La misma mujer rubia, bella y esbelta, pero en distintas poses. Las miró por el reverso. La del impostor estaba inmaculada, pero en la de Cooper habían escrito un nombre y una fecha. Era una letra pequeña, picuda, aunque perfectamente legible: «Pasadena, 3 de octubre».

Guardó ambas fotos y salió de las habitaciones del difunto George.

Bert se apresuró a cerrar de nuevo y Jim le dijo que bajaría en el

ascensor. El jefe de «botones» se marchó hacia la escalera dando un resoplido.

Madison apretó el botón de llamada y poco después se introducía en la jaula y el encargado la ponía en movimiento. Al abrir éste la puerta en el bajo, Jim vio que esperaban cuatro hombres para subir. Uno de ellos era un policía de uniforme y los otros tres, de paisano, tenían el sello inconfundible de los de la profesión. Muy pronto en Las Vegas se buscaría a un sujeto llamado James Madison. Por ello, en cuanto llegó a la calle tomó un taxi, haciéndose conducir, una vez más, al Majestic.

Carl Wade continuaba sentado en el mismo taburete que lo había dejado, pero ahora no bebía.

—¿Qué hay, Madison?

—He de hablar con usted reservadamente. Allí veo una mesa libre.

Cuando se sentaron, disparó Jim:

—Han asesinado a George Cooper.

—¡Qué me dice!

—Lo he encontrado en mi propio aposento de La Herradura. Me endosarán el mochuelo hasta que se aclare todo, pero veo esto tan difícil de conseguir que he decidido trabajar por mi cuenta. Creo que le llevo alguna delantera a la policía y el negocio irá bien mientras consiga mantenerla. ¿Puede ayudarme, señor Wade?

—No sé más de Cooper que lo que le dije antes. Era uno de esos individuos que hacen fácilmente amistad con todos.

—¿No puede añadir nada sobre la chica? —Jim sacó la última foto conseguida—. Véala.

Wade le echó una ojeada, moviendo la cabeza en sentido negativo.

—Lo siento —se disculpó, mordiéndose el labio inferior, y de súbito exclamó—. ¡Espere!

—¿La recuerda? —dijo con voz esperanzada Jimmy.

—No me refería a la mujer, sino a lo que me dijo Cooper antes de marcharse sobre «La fuente de la sabiduría».

—¿Qué es eso?

—Una secta religiosa que existe en Pasadena.

Jim abrió los ojos, exclamando:

—¿Conoce algo al respecto?

—California es el paraíso de los heréticos y estas sectas constituyen uno de mis estudios predilectos. ¿Ha vivido en Los Angeles?

—Llevo un par de meses allí.

—Pues si hubiese prestado atención habría podido ver, o al menos, oído hablar de un «Templo de Agabed», una «Iglesia Triangular de la Verdad», una «Iglesia de la Orden Mística de Melquisedec», un «Templo del Sol» o un «Templo WKFL de la Fuente del Mundo»...

—¿Qué significan esas sectas?

La Enciclopedia Humana se humedeció los labios y contestó:

—No suponen otra cosa que la transformación de la mística en un negocio. California, por su clima, es un refugio para todos los enfermos espirituales, para todos aquellos inmigrantes que han sufrido un *shock* nervioso en su primer contacto con la vida trepidante de Nueva York, de Chicago, en suma, del Este. A esta gente desequilibrada se dirigen los raros personajes que fundan cada día una iglesia o una secta para atraer a los ingenuos.

—¿Es posible que de eso se pueda vivir?

—Déjeme que le cuente el caso de Aimée Simple Mac Pherson. En 1922, esta mujer lanzó la iglesia del «Evangelio de los Cuatro Cuadrados», cuyas funciones se desarrollaban en el escenario de un teatro y eran un espectáculo con coro, música y muchachas vestidas con togas romanas. Mientras la orquesta y el coro ejecutaban himnos religiosos, Aimée perseguía el diablo con una escoba, y en la última escena lo vencía, recibiendo los aplausos del público.

»Entre 1922 y 1925, esta extraña profetisa convirtió a varios millares de personas y ahorró unos tres millones de dólares, con los que se construyó un “Templo del Ángel”, capaz para cinco mil personas y compró una emisora de radio que costó

75 000

dólares. Pero el 18 de mayo de 1926, la “hermana” Aimée desapareció. Sus discípulos la buscaron por todas partes, pero no dieron con ella. Un mes después, Aimée apareció en Arizona y explicó a sus fieles que había sido raptada por los demonios, a los que había vencido en un combate sin par en la historia. Algunos periodistas descubrieron el secreto de su ausencia: la profetisa había pasado un mes en un *cottage* de Arizona con un mecánico del que terrenalmente se había enamorado. Esta aventura poco mística aumentó, sin embargo, su prestigio de manera que en 1929 Aimée tenía

12 000

fieles en Los Angeles y

30 000

en los alrededores de la ciudad. Al morir en 1945, se le hicieron funerales que costaron

45 000

dólares a la iglesia del “Evangelio de los Cuatro Cuadrados”.

—¡Es verdaderamente increíble la candidez de las personas!

—Más increíble resulta la historia de Guy Ballard, que publicó en 1932 un libro titulado: *Los misterios revelados*, en el que sostenía haberse encontrado con San Germán y haber visitado en su compañía santos lugares situados más allá de la estratosfera, donde todos los misterios le habían sido revelados. Guy Ballard se convirtió después en el «mesías electrónico», y millares de fieles escucharon su palabra. De vez en cuando, viajaba a los cielos en compañía de San Germán y volvía con muchas mercancías celestiales, que vendía a los iniciados. Hasta hizo grabar varios discos con «música celestial», registrada por él en las altas esferas. Ofrecía, además, a sus clientes mapas del Valle de Josafat y una crema para señoras llamada «crema de la nueva edad». Hoy día su secta llamada «Yo soy», tiene

350 000

fieles en California y otros Estados.

Tras una larga pausa, Carl Wade prosiguió:

—¿Y el caso de la «ciudad santa»? Su jefe y fundador es un cierto William Rocker, que sostiene que recibe mensajes del Más Allá a través del sistema nervioso. Su obra principal se titula: *La filosofía de los nervios revelada*. En la «ciudad santa» se dan consejos para cualquier caso complicado y cualquier situación.

Un rótulo reza: «Antes de suicidarse o de casarse, diríjase a nosotros». En la puerta de un despacho, que es el despacho del jefe, hay un letrero que dice: «Oficina de Información. Respuesta para todos los misterios».

Jim consultó su reloj y dio un respingo.

—¡Demonios! ¡La policía debe estar ya buscándome y usted no me ha hablado aún de la «Fuente de la sabiduría»! ¡He de irme enseguida!

—¿Adónde va?

—A Pasadena, naturalmente.

—¿Tiene coche?

—No.

Wade se levantó, diciendo:

—Le dejaré el mío. Vamos al garaje y le acompañaré hasta las afueras de Las Vegas. Le contaré algo de esa «Fuente de la Sabiduría» y luego regresaré andando. Me sentará bien un paseo.

—No sabe cuánto se lo agradezco, Waden. Es un gran alivio haberle encontrado.

Minutos más tarde, Jim se encontraba al volante de un descapotable «Ford», modelo 1952, que corría hacia la carretera de Los Angeles, mientras Wade empezaba a hablar sobre la cuestión que a él le interesaba.

—Según mis informes, la «Fuente de la Sabiduría» es una secta fundada hace unos tres años por un tal Steve Hunter.

—¿De qué se vale para atraer ingenuos? —preguntó Jim.

—Dice que el profeta Eliseo lo llevó en un carro de fuego, mostrándole el paraíso. Publicó un libro con sus impresiones del viaje. Se titula *Llama a los hombres*. Supongo que habrá hecho muchos prosélitos como los anteriores videntes. ¿Tiene usted algún motivo para pensar que la muerte de Cooper pueda estar relacionada con la secta?

—Es una simple corazonada —respondió Jim.

En aquel instante, una sirena policíaca rasgó el aire. Los ojos de Madison se clavaron en el espejo retrovisor.

—¡Nos siguen! —exclamó, desalentado—. ¡Éste es el final!

—Le he hecho perder un tiempo precioso. Debía haberse puesto en camino inmediatamente.

Jim decidió que no valía la pena pisar el acelerador a fondo. Los motoristas que aullaban a sus espaldas les darían alcance antes de que pudieran recorrer diez millas. Por ese motivo disminuyó la velocidad acortando distancias.

Los policías llegaron junto al coche y uno de ellos hizo señal para que Jim se detuviese. El obedeció y entonces el motorista descendió de su vehículo, acercándose, dijo:

—El municipio le da las gracias por su moderada marcha, y como prueba de ello, aquí tiene un pequeño recuerdo.

El recuerdo era una magnífica cartera de fina piel, de color marrón oscuro.

Jim, asombrado, cogió el regalo y antes de que lograra articular palabra alguna, el del uniforme saludó y se marchó con su compañero.

—¡Ésta sí que es buena! —pudo exclamar al fin, pisando el embrague.

Media milla más allá, Wade emitió una risita irónica y señaló con la mano a la derecha de la carretera.

—Mire eso, Madison.

Era un cartel, en el que con grandes letras rojas, podía leerse:

«Día de la Amabilidad. Conductor: Colabora para que Las Vegas siga dando el más bajo índice de mortalidad. Gracias».

Jim soltó una carcajada.

—Bien —dijo la Enciclopedia—. Yo me quedo aquí.

Detuvo nuevamente el coche, Wade descendió y despidiéronse.

—Le deseo suerte, Madison. ¿Cuándo espera volver?

—Haré lo posible porque sea mañana.

Jim hizo un saludo con la mano y arrancó. Poco después había olvidado el día de la amabilidad y volaba por la carretera marcando los ochenta.

Conforme avanzaba hacia Los Angeles, el cielo aparecía cubierto por más nubes y a las tres comenzó a llover, viéndose obligado a subir la capota.

A las cinco había oscurecido totalmente y los faros del coche desparramaban su luz sobre una cortina de agua.

Un poste anunciador le indicó que se encontraba a cinco millas de Barstow. No podría llegar a Pasadena hasta bien entrada la noche, y por lo tanto, habría de suspender la investigación que se proponía realizar. No había probado bocado desde el desayuno y hacía horas que su estómago protestaba. Teniendo en cuenta todo esto, decidió detenerse en Barstow. Comería, dormiría unas cuantas horas y reanudaría el viaje durante la madrugada, para alcanzar su meta cuando abriesen las puertas las oficinas de Pasadena.

A la entrada del pueblo descubrió un anuncio en neón. Parador del Viajero. A la izquierda había un lugar, bajo cubierto, para el aparcamiento. Detuvo el convertible, cerró la ignición y las puertas y echó a correr bajo la lluvia, ganando la puerta del establecimiento.

Era un local no muy grande, con un bar al frente, varias mesas con

sus correspondientes sillas, una escalera al fondo que conducía al piso superior y un billar en un rincón.

Dos taburetes del mostrador estaban ocupados por otros tantos hombres y en el billar había un tercero entrenándose solitariamente.

Jim saludó y pidió un «Martini» y un plato de carne con patatas.

Los que se hallaban sentados eran también viajeros que se habían detenido para repostar. Comentaban la mala suerte que habían tenido con la lluvia. Uno de ellos miró a Jim y preguntó:

—¿También se dirijo a Los Angeles?

—Sólo a Victorville. Pero no tengo prisa.

—Está de suerte. Hace noche de estar en la cama.

El del bar, un individuo de cejas pobladas, recibió el plato de carne por la ventanilla de la cocina y lo puso ante Jim. Éste, que había bebido el «Martini» entre tanto, pidió una cerveza.

La puerta de la calle se abrió y dos hombres se acercaron al mostrador por un extremo, dando las buenas noches.

Jim se volvió y estuvo a punto de atragantarse. Uno de los recién llegados era el hombre pecoso con abrigo azul que, según el impostor de Henry Tobías, lo había seguido hasta el hotel Phoenix. El otro, un sujeto alto, de pómulos salientes y ojos desvaídos.

El del abrigo no prestó atención a la mirada observadora que le dirigían y pidió al barman dos vasos de *whisky*.

Bien, pensó Jim, le había llegado su hora. ¿Qué tenía que hacer para salvar su vida? ¿No eran bastantes dos cadáveres? A juzgar por la catadura de aquellos tipos, un tercer muerto no les inquietaría el sueño.

Tenía que huir, escapar, correr... Pero ¿cómo? Los pistoleros no vacilarían en coserlo por la espalda. Era indudable que esperarían a que el local se despejase, a que sólo quedasen el dueño y ellos tres. Entonces pedirían un *sandwich* y cuando el barman se volviese, lo tumbarían de un culatazo. Era el método que empleaban los *gangsters* en aquellos casos. Simple precaución para que si caían en poder de la policía, no hubiese nadie que los señalase como autores materiales del crimen. Sólo existirían indicios y éstos, ante un jurado, equivalían a una absolución o una condena leve.

Masticaba maquinalmente, sin sentir el sabor de la carne con patatas. De pronto, oyó que uno de los que iban a Los Angeles pedía

la cuenta de la consumición hecha por él y su compañero. ¡Se iban!
¡Quedaría únicamente el que jugaba en el billar!

—¿Qué le debo? —preguntó rápidamente Jim al barman, que devolvía al otro el cambio.

—Noventa centavos.

Dejó un dólar sobre el mostrador y dijo alegremente a los dos que habían iniciado la marcha hacia la puerta:

—Creo que me iré con ustedes.

Entonces el de los pómulos salientes habló entre labios:

—Cometería una locura si se fuese.

Las palabras cortaban como cuchillos. Los que se iban se pararon en seco y fue Jim quien, intentando sonreír, preguntó:

—¿Por qué ha de serla?

El cuervo tenía las manos en los bolsillos de la gabardina y el derecho le abultaba enormemente.

—Porque llueve mucho —contestó, levantando una ceja—. Haga lo que nosotros. Espere a que escampe. Con este tiempo no sería raro que diese usted un patinazo.

Jim supo cambiar la amenaza. Si daba un paso en seguimiento de los dos viajeros, lo convertirían en un colador, sin tener en cuenta pruebas ni indicios.

Transcurrió un minuto antes de que replicara:

—Seguiré su consejo. —Luego volvióse hacia los otros, añadiendo —: Buen viaje.

La puerta se abrió un instante y el repiqueteo de la lluvia adquirió más sonoridad. Luego hubo un chapoteo de pies que corrían, y finalmente, la puerta volvió a quedar inmóvil.

Jim regresó a su taburete y pidió un *whisky*. Lo necesitaba... Miró al extremo del mostrador. El del abrigo azul había sacado un diario arrugado y estaba leyendo. Puede que fuese el mismo que tenía cuando espiaba al hombrecillo del Phoenix. Puede que estuviese aprendiendo a leer y se comprase un periódico para todo el año. Puede que fuese un intelectual. Podían ser tantas cosas...

El alto se hurgaba la boca con un mondadientes.

Los chasquidos producidos por las bolas de billar en el rincón, resonaban como disparos de rifle.

El barman dio un bostezo, se acercó a la radio que había sobre un estante y la encendió. Se oyó un pequeño zumbido y de repente, las

notas de un piano sonaron sobrecogedoras. Era *Soledad*, la famosa pieza de Duke Ellington.

Jim pensó que el destino elegía la música para un funeral.

¿Y si sacaba la pistola ahora? No. El del abrigo tenía una mano detrás del mostrador. Estaba empuñando el arma y apenas viese un movimiento extraño, añadiría su instrumentación a la orquesta que interpretaba el *slow*.

El saxofón sustituyó al piano, emitiendo un quejido, como si partiese de un alma a punto de caer en el abismo.

De repente, cesaron de chocar las bolas del billar.

Jim sintió los pasos del que había estado jugando.

—¿Qué te debo, Jeff?

—Ha sido una hora. Veinte centavos.

El otro pagó y dirigióse a la puerta.

—¡Oiga! —lo llamó Jim.

El billarista se detuvo.

—¿Qué se le ofrece?

—¡Le juego una partida! Hace tiempo que no cojo un taco, pero estoy dispuesto a apostarme una botella de *whisky*...

Le ponía el cebo de un premio seguro para que no fallase. Pero su presunto rival meneó la cabeza.

—Lo siento. Es ya tarde y me espera mi mujer. Otro día.

Y continuó su camino.

Jim vio moverse la puerta otra vez, y de nuevo quedó quieta.

El piano soltó un chorro de notas lúgubres. Parecía decir:

«Me he quedado solo y he empezado a morirme».

¿Y por qué había de morir? ¡Tenía que vivir! ¡Quería existir!

¡Deseaba volver a ver! ¿A quién? ¡A Romo Silver! ¡A Susan Rush!

Miró a los *gangsters*. Ellos también lo miraban ahora y en sus ojos descubrió el brillo maligno del deseo de matar. ¡Bien, les daría trabajo!

—¿Tiene una habitación disponible? —preguntó al dueño del parador.

—Sí.

El de las cejas espesas cogió una llave del cuadro que había en la pared y se la entregó a Jim.

—Ocupe la cuarta. Suba la escalera. Es en el primer piso. No hay otro.

Madison asintió, abonó el importe del vaso de *whisky* y se dirigió hacia la escalera. No dispararían. El mismo les brindaba la oportunidad de matarlo sin testigos, sin que tuviesen necesidad de deshacerse del propietario. Éste preguntó:

—¿Quiere que lo despierten a una hora determinada? Más tarde viene un muchacho.

—De acuerdo. A las dos de la madrugada.

Subió el tramo de escalones de madera y se halló en el piso superior. Buscó la habitación número cuatro y se introdujo en el interior, encendiendo la luz y cerrando con llave por dentro. A continuación se cercioró de que su pistola estaba a punto. Además, tenía de reserva la de Jack Peter.

Cogió una silla y se sentó a horcajadas fuera del alcance de cualquier bala que pudiera atravesar la puerta.

Los minutos fueron desgranándose. Cuando creyó que habían pasado sesenta, sólo hacía diez que se hallaba en la habitación.

De súbito, crujió un peldaño de la escalera. Luego otro gemido. Estaban subiendo. Se levantó y apagó la luz.

Se oyó el ruido de una llave al ser introducida en la cerradura. Habían entrado en la habitación contigua, la número tres.

Jim descubrió entonces que entre los dos apartamentos existía una puerta comunicante y desplazóse hasta ocupar una buena posición. Sus ojos, acostumbrados ya a la oscuridad, estaban fijos en el brillo metálico del picaporte.

Al cabo de un rato, éste empezó a moverse silenciosamente.

CAPÍTULO VI

La puerta fue abierta de golpe e instantáneamente los fogonazos producidos por los disparos iluminaron la estancia.

Jim apretó el gatillo hasta agotar el cargador. Los *gangsters* acabaron de hacerlo antes porque se desplomaron, lanzando el uno, un quejido, y el otro, una maldición.

La habitación se llenó de humo y del olor acre de la pólvora.

Jim dio un salto. Encendió la luz, cambió de pistola y acercóse a la pareja de buitres que yacían en el suelo. Los dos estaban muertos. El del abrigo azul, aunque había terminado la lectura, conservaba el diario en la mano izquierda. El otro dibujó una rara mueca antes de exhalar el último suspiro.

Madison había hecho valer su decisiva ventaja sobre ellos. Disparó certeramente, sin tener que buscar un blanco, mientras sus rivales irrumpían por la puerta, creyendo indudablemente que él, muerto de miedo, estaría hecho un ovillo en un rincón del dormitorio.

Ahora no perdió más tiempo. Tenía que salir de aquella casa cuanto antes. Bajó las escaleras rápidamente y halló el salón vacío. El dueño debía haber huido al oír el tiroteo.

Fuera continuaba lloviendo. Corrió hasta el cobertizo, se metió en el «Ford» y segundos después arrancaba éste rugiendo.

El agua no dejó de caer durante las tres horas siguientes. Se diría que todas las nubes del Universo se habían dado cita sobre la tierra californiana.

Pasaban varios minutos de las tres de la mañana cuando entró en Pasadena.

Había tenido suerte en escapar hasta entonces de la policía, aun cuando él hiciese lo posible para no ser cogido, sacando el máximo rendimiento al convertible.

Aparcó en una calle poco concurrida, abandonando el «Ford», y luego tomó una habitación en un modesto hotel, al otro extremo de la ciudad, inscribiéndose con el nombre de Ralph Ventura.

Durmió hasta las ocho y media y a las nueve se encontraba de nuevo en la calle.

Compró un diario de Los Angeles correspondiente al día anterior y al corriente y se metió en un bar a desayunar.

Jim quedó perplejo. Ninguno de los dos diarios mencionaba el asesinato de Henry Tobías. ¿Por qué? ¿Es que acaso no había existido nunca el hombrecillo que habló con él en el Phoenix? ¿Es que no lo vio con aquel agujero en la frente por el que se le había escapado el alma? ¿Es que todo lo había soñado él?

Madison observó su cara en el espejo que había frente al mostrador sobre el que desayunaba. ¿Era la cara de un visionario? ¡Santo cielo! Tímidos, falsos profetas, *gangsters*... ¿En qué clase de *carrousell* viajaba?

Y de pronto, necesitó una voz amiga y se acordó de Romo. ¡Romo también había visto el cadáver en el apartamento de Palo Alto! ¡No había sido una visión!

Terminó de desayunar, contento por descubrir que estaba en sus cabales, y más tarde entró en una peluquería, haciéndose afeitar y limpiar los zapatos. Entabló conversación con el barbero y al percatarse de que era muy aficionado a las carreras de caballos, le habló del hipódromo de Jamaica y de una carrera reservada a las potrancas de dos años.

Cuando el fígaro terminó su trabajo, Jim agregó a la cuenta un dólar de propina y luego dirigióse a la puerta precedido por aquél. Antes de salir, como si repentinamente hubiese acudido a su mente, dijo:

—¡Ya se me olvidaba! ¿Sabe dónde se halla la oficina de la *Fuente de la Sabiduría*?

—La encontrará en la avenida de Washington... No sé el número, pero ocupa el edificio que hay después de una armería. La avenida empieza donde termina esta calle... Ha de seguir la acera izquierda, una vez llegue allí...

Con tales instrucciones, no le fue difícil a Jim hallar la casa que buscaba. Era de un color gris plomo y tenía casi todas las persianas echadas. Penetró en el vestíbulo y el encargado le indicó que la secta tenía instaladas sus dependencias en el segundo piso.

Subió en el ascensor, y al descender a la referida planta, se acercó a una puerta que ostentaba la siguiente inscripción: «Con el corazón limpio y la cabeza sana. Báñate en la *Fuente de la Sabiduría*».

Puso la mano en el pomo de bruñido metal, lo hizo girar y empujó

la puerta.

Se encontró en una larga habitación, de muros blancos, sin ningún adorno, a cuyo fondo había una mesa, un archivador, una silla y una mujer. La mujer se sentaba en una silla, tenía apoyado un brazo en la mesa y con la otra mano buscaba algo en un cajón del archivador.

Jim avanzó, atrayendo la atención de la mujer, quien lo observó detenidamente de pies a cabeza.

—Buenos días —saludó él, en tono jovial poco antes de llegar ante la mesa.

La dama se levantó mostrando su esbeltez, sus torneadas caderas, su encantador busto y su bella cara, deliciosa a pesar de las gafas de montura de carey que cabalgaban sobre la nariz griega.

—Buenos días, caballero —contestó ella, con cierta cadencia en la voz—. ¿Qué desea?

—Como desear, desearía desayunar con usted, comer con usted, cenar con usted y... bailar con usted.

La joven, que no había cumplido aún los veinticinco años, se quedó perpleja un rato. Luego cogió varios bucles de su cabellera de fuego, se los echó por detrás de la oreja y dijo:

—¿He oído bien o son resonancias de una voz de ultratumba?

Jim rodeó la mesa de dos zancadas, cogió a la pelirroja hacia sí y la besó en la boca, sin que ella ofreciese resistencia. Un minuto después, separóse él, diciendo:

—Puede estar segura de que no vengo del paraíso, bombón.

—Ya veo que es de carne, señor...

—Ventura. Ralph Ventura... Para usted, Ralph... ¿Qué dice ahora? ¿Empezamos por el desayuno o prefiere que volvamos del revés el programa?

La muchacha cogió el teléfono que tenía al alcance de la mano y preguntó, sin alterar la voz:

—¿Regresa por propia voluntad al manicomio o prefiere que le pongan aquí la camisa de fuerza, señor Ventura?

—Vamos, no se enoje. Le doy mi palabra de que tengo el corazón limpio y la cabeza sana.

La joven titubeó, terminando por colgar el auricular.

—Entonces... ¿Su deporte es besar a las mujeres que ve por primera vez?

—Sólo lo hago con usted.

—¿Con qué objeto?

—Para embaucarla. Quiero que se pase a mi bando con todo su archivo.

—¿Es usted un competidor?

—¿No ha oído hablar de mí? Soy el profeta. Yo, descendiente directo del rey de Beluchistán Yoyano, el séptimo hijo de una séptima hija, nacido el día siete de un mes en que llovieron fríjoles. La joven lo miró muy seria y de repente lanzó una carcajada, ocultando el rostro entre las manos.

Jim también sonrió, preguntando:

—¿Qué dice de mi propuesta?

—¿Pero habla en serio, señor Ventura?

—¿Qué diferencia existe entre su patrono y yo? Ambos pretendemos embaucar a la gente. Somos colegas. ¿Para qué andarnos con rodeos? Yo le explicaré la diferencia que habrá para usted entre trabajar en esto a hacerlo conmigo. Aquí tiene un sueldo, yo le daré una participación en los beneficios. Apuesto a que cuando la vean envuelta en visón la llamarán «Montón de dólares».

La joven enarcó las cejas y adoptó una actitud pensativa.

—Está convencida, ¿verdad? ¿Cómo se llama?

—Linda Reynolds.

—Usted es inteligente, Linda, y sabe cuándo una oferta le conviene.

—Escuche, señor Ventura. Mi patrón, como usted dice, va a llegar de un momento a otro. ¿Por qué no se va y me espera a la hora del almuerzo en el restaurante Mandy?

—¿Promete que vendrá?

Linda asintió.

—Prometido. No faltaré.

Jim estrechó la fina mano que le tendían y se despidió.

Cuando caminaba de nuevo por la acera, una extraña sensación le embargaba. La de que la distancia que le separaba del asesino de Cooper y su cliente iba disminuyendo poco a poco. Pero la pregunta era: ¿Le daría tiempo a desenmascararlo? Empezaba a vislumbrar algo, las sospechas tomaban cuerpo, ciertas piezas del rompecabezas se ensamblaban. Aún tendría que trabajar mucho, pero ahora ya no daba palos de ciego. Pisaba por el buen camino. Distendía los labios con optimismo cuando repentinamente un

hombre de traje marrón se puso a su lado, mostrándole una placa de policía.

—¿Es usted James Madison?

Jimmy se detuvo. Ya había llegado lo que temía.

—Sí —admitió, dando un suspiro.

—El teniente Gaye de la policía local, desea hacerle unas preguntas.

¿Tiene inconveniente en acompañarme?

—Ninguno.

El policía hizo una señal y un coche se acercó al bordillo de la acera. Se abrió la portezuela y Jim fue invitado a pasar al interior. Apenas lo hizo, el que lo había detenido cerró desde la acera y el automóvil arrancó.

—¿Qué tal su impresión sobre nuestra ciudad?

El que había hecho la pregunta, sentado junto a Jim, era un hombre de unos cuarenta años, de frente ancha, ojos grandes y bigote espeso.

—¿El teniente Gaye? —inquirió, a su vez, Madison.

—Sí.

—Preferiría que fuese al grano, teniente.

—De acuerdo. —Gaye hizo una pausa, mirando observadoramente a Jim—. Tengo entendido que viene a embrollar Pasadena.

—Yo diría mejor a limpiar.

—Es cuestión de vocabulario, ¿no? Empezó usted anoche, en Barstow, matando a dos ciudadanos.

—Dos *gangsters* —le rectificó Jim—. Y lo hice en legítima defensa.

—Bueno, el caso es que se ha dictado una orden de arresto contra usted. Mi deber es entregarlo a las autoridades de Barstow.

—¿Quién le ha dado el soplo de donde yo estaba?

—Nadie. Encontramos abandonado el coche que trajo y puse a dos hombres a trabajar. Esta ciudad es pequeña y es difícil que alguien pueda permanecer escondido más de dos horas sin enterarme yo. Empleó un nombre poco corriente para inscribirse. Ralph Ventura. Lo demás es sencillo. Lo he estado siguiendo en este automóvil desde que puso los pies en la calle.

—¡Magnífico, teniente! Es usted un gran policía, pero dígame si es cierto que usted controla su jurisdicción de forma tan brillante, ¿cómo es posible que alguien esté cometiendo el más inicuo fraude ante sus propias narices?

Gaye lanzó un bufido, diciendo:

—Sabía que saldría con ésa.

—Usted parece saberlo todo.

—Yo le diré, matador de *gangsters*. Da la casualidad que ese tipo de que usted habla no contraviene ninguna ley. Aquí existe libertad de cultos. Usted mismo puede decir que es el príncipe Chirimbolo, mostrar un pedazo de sílice, decir que lo trae del noveno paraíso, fundar con ello una secta, aceptar las donaciones de sus prosélitos... ¡y darse la vida padre con los ingresos, mientras no se meta con las leyes estatales! ¿Cree que no sé lo que ocurre? ¿Cree que no tengo ganas de hincar el diente a esa secta a que usted se refiere? ¡Pero llevo tres años esperando el momento de hacerlo porque aún no he encontrado la parte blanda!

Jim clavó su mirada en los ojos del policía.

—¿Me asegura que eso es cierto?

—¡Y si lo duda le romperé la crisma! ¿Ha creído acaso que protejo a esos bandidos?

—¡No me entregue entonces a los de Barstow! Yo estoy en condiciones de extirpar el tumor que aqueja a su ciudad, Gaye.

El teniente se rascó la nuca y repuso:

—Dice mucho en su favor el que se haya atrevido a hacer frente a Dick y Freddie...

—¿Los buitres?

—¡Ajá! Se ha metido en un buen lío y yo le aconsejo se salga de él. Ahora tiene la oportunidad. Cuando lo presentemos en Barstow hará la declaración y lo dejarán en libertad. Se aceptará su legítima defensa. Allí también saben de Dick y Freddie. Entonces usted podrá volver al rancho de la abuelita.

—No diga tonterías. Si me sueltan en Barstow, volveré aquí. Pero de lo que se trata ahora es de que estoy a punto de acabar mi investigación. Si la suspendiese, peligraría el éxito.

—¿Se da cuenta, Madison, de que los próximos que le envíen no fallarán el golpe?

—Lo sé y por ello no quiero que haya más golpes.

Gaye se mantuvo pensativo un rato. El coche había rehuido los lugares de tránsito y ahora circulaba por un camino vecinal.

—Está bien, Madison —decidió al fin el teniente—. Se sale con la suya.

—¡No se arrepentirá, amigo!

—Pero quiero que quede bien entendido esto. Usted y yo no nos conocemos, jamás ha sido detenido o interrogado por un policía local, ni ha viajado con el teniente Gaye.

—De acuerdo, teniente.

El policía se hundi6 en el asiento y orden6 al conductor que regresase a Pasadena.

Cuando llegaron a las afueras, el coche se detuvo y Gaye dijo a Jim que descendiese. Antes de que el ex paracaidista cerrase la portezuela, el teniente exclam6:

—¡Si necesita algo de mí llámeme a la comisaría! ¡Pero de el nombre de Ralph Ventura!

—¡Entendido!

—¡Buena suerte y acuérdesese de ser el primero en pegar! ¡No quisiera reconocer su cuerpo en el depósito judicial!

Jim sonreía, inm6vil en la carretera, mientras el automóvil se alejaba en dirección al centro de la ciudad.

CAPÍTULO VII

Linda Reynolds, con un traje sastre muy entallado y un mohín, era la encarnación de la femineidad.

Dio la mano indolentemente a Jim y preguntó, antes de sentarse:

—¿Hace mucho que espera?

—Una eternidad.

Ella agradeció la galantería con una sonrisa.

Jim le alargó la carta, al tiempo que hacía una señal al mozo.

Ambos pidieron lo mismo: huevos revueltos con champiñón, ternera en su jugo, y de postre, un flan.

Después de comer, encendieron un cigarrillo y Jim preguntó:

—¿Está decidida?

—¿Cuál es su oferta concreta?

—El cincuenta por ciento de los beneficios.

—¡Oh, eso es mucho, si el negocio va viento en popa!

—¿Por qué no ha de ir? ¿No marcha así el de Steve Hunter?

—¿Conoce a Steve?

—No.

—Un hombre muy inteligente. Todo un profesor de Psicología.

—Ya me verá a mí trabajando. Entonces se reirá de Steve.

Hubo una pausa. Linda se quitó una brizna de tabaco del labio con la punta de una de sus largas uñas rojo sangre, e inquirió:

—¿Para qué quiere las fichas del archivo?

—Convertiré a los prosélitos de Steve en los míos propios.

—¿Cree que se dan los traspasos entre las sectas?

—No existen traspasos sino conversiones. Además, necesito un boceto de la organización. Pienso atraer a los principales colaboradores de Steve.

—¿Qué sabe usted de las sectas en general?

—Conozco la del *Evangelio de los cuatro cuadrados*, la de Guy Bayard, la de *la ciudad santa* y otras muchas. Ninguna de ellas será recordada cuando lance la mía. Las he estudiado a fondo, advirtiendo sus puntos flacos. La mayoría contienen elementos que más se parecen a un juego de niños, sobre todo en lo que se refiere

a sus ceremonias. Mi secta será grave, solemne... Supongo que se dará cuenta de la oportunidad que le estoy brindando, Linda.

—Me doy cuenta y no la voy a desaprovechar.

—¡Estupendo! ¡Ya sabía que elegiría usted bien!

La joven sonrió y luego quedó repentinamente seria.

—¿En qué piensa? —le preguntó Jim.

—En las fichas y en ese boceto. ¿Para cuándo los quiere?

—Si pudiera ser hoy mismo...

—Podría ser esta noche, pero tendría que ayudarme.

—¿De qué forma?

—Yendo a la oficina. Yo le estaré esperando. Meteremos las fichas y lo otro en una maleta que yo llevaré. Ha de estar allí a las once de la noche. —Linda abrió el bolso y sacó del interior una llave, que entregó a Jim, diciendo—: Entrará por la puerta trasera del edificio y encontrará un patio. A la derecha de él, hay una escalera de incendios. Suba y yo le abriré la ventana.

—De acuerdo —asintió Madison, guardando la llave.

—¿Qué haremos luego? —preguntó Linda.

—Nos refugiaremos en Los Angeles durante una semana. Allí prepararemos el asado que han de comerse los idiotas a dólar el gramo.

Ella puso su mano de piel suave sobre la de Jim.

—Me gusta usted, Ralph.

—Y usted más a mí, Linda.

—He estado pensando mucho en su impulso de esta mañana. ¿Y sabe una cosa? Lo he echado de menos.

—Le prometo que cuando salte por la ventana sentiré otro impulso. Linda se levantó, despidiéndose.

—Ahora lo he de dejar. Estaré contando los minutos hasta las once. Adiós, Ralph.

Jim dedicó la tarde a ver dos programas de cine. Cuando terminó el segundo, eran las nueve y media de la noche. Se metió en un bar, comió un «perro caliente» y bebió dos cervezas empleando cuarenta minutos. A las diez y quince salió del bar y dirigióse, andando lentamente, hacia la avenida de Washington. Al llegar al chaflán del edificio en que estaban las oficinas de la *Fuente de la Sabiduría*, dobló a la derecha y se detuvo, cerciorándose de que no había sido seguido. Reanudó el paso y ganó la puerta trasera de la casa. En tal

momento, la esfera luminosa de su reloj señalaba las once menos cinco.

Metió la llave que le había entregado Linda en la cerradura y la hizo girar. Sonó un chasquido y abrió la puerta. Sacó la llave, guardóla en el bolsillo, cruzó al otro lado y cerró cuidadosamente a su espalda.

La noche no era muy oscura y distinguió enseguida la escalerilla de incendios.

Ascendió sin prisas, asentando firmemente los pies en los peldaños metálicos.

Llegó ante la ventana del primer piso. Estaba medio abierta, pero al otro lado no vio a nadie. Sólo tinieblas.

Extrajo la pistola y apretó con firmeza su culata.

Luego pasó una pierna por el alféizar, metió medio cuerpo y se coló dentro.

—¡Linda! —susurró.

La llamada no encontró respuesta.

Encendió un fósforo, comprobando a la luz de la llama que en la larga habitación únicamente se hallaba él en compañía de las danzantes sombras que proyectaban sobre la pared su cuerpo, el archivador y la mesa.

A la derecha de la ventana había una puerta. Acercóse a ella, y antes de que pudiera abrir, el fósforo le quemó los dedos. Lo tiró, dando un bufido.

Pasó a la habitación de al lado, que también estaba sumida en la oscuridad y cerró.

—¡Linda! —repitió.

Nada.

De pronto, creyó oír un roce procedente de la ventana que había utilizado como entrada y se maldijo por haber cerrado la puerta.

Colocóse cara a la pared y aguzó el oído, percibiendo ahora el ruido de una uña al engancharse en la madera. Alguien había estado esperando fuera a que entrase, para seguirlo. Contuvo la respiración, acercó la mano al picaporte y abrió de golpe.

—¡Quédese quieto o le achicharro! —gritó.

Un gato lanzó un maullido, y escapó por la ventana.

Jim estuvo a punto de lanzar una carcajada.

Serenó los nervios y volvió a la otra habitación, encendiendo otro

fósforo. Era más amplia que el despacho de Linda. La luz de la cerilla no llegaba a iluminarla por completo. Había una gran mesa, como las que utilizan las sociedades para celebrar Consejos de administración, rodeada de sillas tapizadas.

Jim avanzó hacia el fondo y de pronto lo vio. Estaba allí, de pie, con las manos en los bolsillos, sonriéndole desde cinco yardas y mirándole con sarcasmo.

Carl Wade la Enciclopedia Humana.

El fósforo se acabó, quedando de nuevo la habitación a oscuras. Pero los ojos de Wade siguieron brillando.

—Tengo una pistola en la mano, Wade —dijo Jim—. Puede que dispare usted primero, pero le prometo llevármelo como compañero de viaje. Por nada del mundo me perdería su agradable charla.

Wade no emitió ningún sonido.

—¿Qué le pasa? ¿Se ha quedado mudo? ¿Va a decirme que no esperaba mi visita? No he hecho más que soltar carrete a su eficiente secretaria. Sabía que una mujer como ella nunca le haría traición. Y me he atrevido a meterme en esta trampa porque estoy cansado de sus *gangsters* y de los crucigramas.

Las pupilas de la Enciclopedia continuaron fijas, y sus labios cerrados.

Jim empezó a inquietarse y dio un paso hacia Wade. Luego, otro. Llegó a estar junto a él. El profeta no se había movido un solo milímetro. ¡Si ni siquiera respiraba!

Jim tocó su cara con la mano. Estaba fría, dura. Rápidamente encendió un nuevo fósforo. Wade tenía el rostro pálido, amarillento, como el de la muerte.

Pero no estaba muerto. Era una figura de cera.

CAPÍTULO VIII

De pronto, una voz resonó en la estancia oscura. Una voz metálica, varonil, procedente de un micrófono instalado en alguna parte:

—¡Arroje la pistola a sus pies, Madison! ¡Lo tenemos encañonado!

Jim obedeció. El arma chocó contra el suelo alfombrado.

Una lámpara central se encendió, cegándolo. Cuando recobró la visión tenía enfrente a dos hombres que no había visto nunca. Uno regordete, bajo, con cara de tendero, y el otro, un poco más alto, con tez de color terroso y pupilas brillantes, que indicaba era aficionado a los estupefacientes. Ambos, pistola en mano, miraron al detenido con curiosidad y el segundo dijo como si estuviera decepcionado:

—¿Y éste es el prójimo que ha liquidado a Freddie y a Dick?

—Es una calumnia —contestó Jim—. Sus amigos se balearon mutuamente por una mujer que yo les presenté. La chica no estaba mal, pero se lo tomaron muy a pecho.

—¿Has visto, Nell? —habló el gordito—. El chico tiene lengua y hasta hace chistes con ella.

—Yo sé la haré masticar —murmuró su compañero, con una mueca feroz.

Entonces se oyó de nuevo la voz del micrófono.

—Tengan cuidado con él hasta tenerlo quieto con una bala en el corazón.

—Es una mosca muerta —apuntó Nell—. Lo que pasa es que Freddie y Dick eran un par de imbéciles.

—Pero ustedes son utilizados como sus piezas de recambio —hizo observar Jim.

Los *gangsters* fruncieron el ceño. Nell lanzó un puñetazo a la mandíbula de Jim, lanzándolo hacia atrás.

—¡Esto le puede servir de advertencia, aprendiz de policía!

Jim se levantó. Un hilillo de sangre le corría por la comisura de los labios.

—Llévenselo ya —ordenó la voz metálica—. Pero oigan una advertencia. No quiero que hagan el trabajo en Pasadena ni en sus

alrededores.

Jimmy chasqueó la lengua y dijo:

—Si se me permite elegir, yo desearía me ultimasen en la isla de Santa Catalina. Siempre he deseado pasar un verano en ella.

—Muy gracioso —silabeó el de la cara de tendero—. ¡Pero te prometo que no pasarás de San Bernardino!

Nell señaló con la pistola la puerta, diciendo:

—¡Echa a andar, Madison! ¡Y camina tan tieso como una vela si no quieres adelantar tu hora!

El gordito cogió el arma que había tirado Jim, guardándola en el bolsillo.

En la calle, junto al bordillo de la acera, había un sedán negro. Nell se puso al volante mientras su compañero y Jim ocupaban los asientos de detrás.

El coche arrancó, dirigiéndose hacia el Oeste. El de la cara de tendero, que conservaba la pistola en la mano apuntando a Madison, dijo:

—No nos guardes rencor, muchacho. Cada cual tiene su deber y el nuestro es procurar que mañana te regalen muchas flores.

—¡Claro que sí! Sois un par de buenos chicos... ¿Quién se queja?

—Eso está mejor. Mi nombre es Marlon, pero no tengo nada que ver con el actor de cine. Me fastidia que la gente me confunda. Un día voy a escarmentar a alguien.

El automóvil corría por la carretera que conducía a San Bernardino. De vez en cuando, los faros de otro vehículo se cruzaban rápidos por la izquierda.

—Se me ocurre algo, muchachos —dijo Madison.

—No nos digas que te quieres despedir de tu mamá —murmuró Nell, volviendo ligeramente la cabeza—. Somos muy sentimentales y tendríamos que salir del coche nadando.

—Me refiero a que podríais contestarme a ciertas preguntas y yo os daría a cambio los doscientos dólares que llevo encima.

Los *gangsters* permanecieron en silencio unos segundos, rompiéndolo Marlon con una carcajada.

—¡Ésa sí que es buena! ¿Lo has oído, Nell? Nos propone un trato. —Luego miró a Jim y añadió—: ¿No sabes que lo que tengo en la mano es una pistola? ¿Qué pasaría si te pido esos doscientos pavos?

—Eres idiota, Madison —machacó Nell.

—¿No es honrado por vuestra parte que me digáis algo de lo que quiero saber? ¿Por qué me habéis de dejar marchar al otro mundo como estoy? ¡Y además, no tendréis que registrar mi cadáver para saquearme! Yo os entregaré el dinero voluntariamente.

Marlon enarcó las cejas y preguntó:

—¿Qué dices tú, Nell?

El conductor se tomó tiempo para contestar.

—Al fin y al cabo, si yo estuviese en su pellejo me pasaría lo mismo. ¿Te acuerdas de Toni Rossa? Le dieron el chivatazo al jefe de que Toni había hablado con su mujer. El jefe ordenó entonces su muerte. Luego resultó que entre Toni y la chica no había habido nada. ¿Recuerdas la cara de Toni? No hacía más que repetir: «¿Por qué me matáis? ¡Quiero saberlo!». Y el pobre se largó sin saber nada. Tuvo mala suerte. Eso es lo que le pasó.

—Está bien —convino Marlon—. Abre el grifo, Madison.

Jim se frotó la barbilla con la mano y luego inquirió:

—¿Quién es vuestro jefe?

Marlon emitió una risita.

—Eso quisiéramos saber también nosotros.

Jim se sintió decepcionado.

—Quizá sepáis esto. ¿Qué papel desempeñaba Cooper?

—¿George Cooper? Era el prometido de Linda. Un tipo que se las pasó de listo. Lo despacharon por vender una foto.

—¿A quién?

—A un fulano. No sabemos su nombre. Nosotros no lo hicimos. Fue Freddie. Cooper, al verse descubierto, había intentado poner marcha atrás, liquidando al fulano. Pero eso no lo salvó.

—¿Conocéis a Carl Wade?

—No.

—¿Y a Henry Tobías?

—A ése, sí. ¡Menudo tipo! Engaña a su sombra con su aire tímido. Sabe lo que se trae entre manos. Tiene a los del club en un puño.

—Estamos llegando —intervino Nell—. Se acabó la interviú. Sácale los doscientos pavos, Marlon.

—No hace falta —dijo Jim—. Yo os los daré.

Metió la mano derecha en el bolsillo interior de la chaqueta y la sacó esgrimiendo una pistola cuyo cañón apoyó en la sien de Marlon mientras que con la izquierda, en un doble movimiento

sincronizado y rapidísimo, sujetaba la muñeca armada del *gángster*. —¡Frena inmediatamente, Nell, o le salto la tapa de los sesos a tu amigo! —gritó, con coraje.

Nell ladeó la cabeza un poco, haciendo una mueca.

—¡Imbécil! ¿Es que no lo registraste?

—Soltó la pistola en la casa —contestó Marlon, compungido—. Pero por lo que más quieras... ¡obedécele!

—Debiera dejar que te levantase la cubierta para ver lo que tienes dentro.

—¡Luego te tocaría a ti, Nell! —exclamó Jim—. ¡Vamos, para el coche!

El otro pisó los frenos y el automóvil se detuvo con un chirrido de neumáticos.

—¡Levanta las manos del volante, Nell! ¡Más altas! Así...

Jim cogió la pistola de Marlon y la que le pertenecía, cercioróse de que ése era todo su arsenal y le ordenó bajar del coche. Cuando hubo obedecido, desarmó también a Nell, y ambos se apearon. La luz de los faros era suficiente para iluminar la escena.

—Bien, ahora soy yo quien manda, muchachos —les dijo—. Esto es un regalo.

Arrojó a Marlon la pistola con que se había hecho dueño de la situación. El *gángster* la cazó al vuelo y apretó el gatillo. Sonó un tic tac, pero no se produjo ninguna detonación.

Nell apretó los dientes con rabia.

—Está descargada. ¡Nos ha engañado como a chinos!

—Vosotros sois muy listos y Freddie y Dick eran un par de imbéciles —ironizó Jim—. Pero olvidemos eso y tratemos de comportarnos como hermanos. ¿En dónde tenéis el cuartel general?

—Venimos de allí —respondió Nell.

—Eso sólo lo creería un tonto y yo no lo soy. ¡Venga, tira de la lengua, Marlon!

El gordito carraspeó unos segundos y finalmente dijo:

—En Big Bear Lake.

—Sé más concreto. Me podría perder.

—Es un refugio para cazadores. Se llama Celi.

—De acuerdo. Ahora subid al coche. Tú seguirás conduciendo, Nell. Daremos un paseíto.

—¿Nos va a matar? —preguntó Nell, un poco asustado—. Nosotros

no le hemos hecho nada.

—Ni pensabais hacérmelo, ¿verdad? Los dos recibisteis una esmerada educación. Pero no os preocupéis. Sólo os entregaré al teniente Gaye.

Veinte minutos más tarde, el trío penetraba en la comisaría. Gaye, que estaba leyendo un diario ante una mesa, se incorporó al ver la extraña comitiva.

—Llevo varias horas esperando su aviso, Madison.

—Tendí la red y aquí tiene los primeros peces —repuso Jim—. Quiero que los encierre.

—¿Acusados de qué? —desafió Nell.

—De usar armas sin licencia —dijo Madison.

—¡Estupendo, teniente!... Enciérrenos, pero avise al señor Banister, nuestro abogado.

Gaye frunció las cejas y se llevó al par de cuervos por una puerta. Cuando regresó solo, dijo a Jim guiñando un ojo:

—Los podré retener hasta mañana por supuesto escándalo. El juez los soltará a las diez.

—Creo que me será suficiente. Gracias por su colaboración.

—¿Va muy lejos?

—A Big Bear Lake. Creo que allí hay abundante caza mayor. Hasta la vista, Gaye.

Jim le hizo entrega de las armas de los presos, salió a la calle, se metió en el sedán y arrancó. Pasó de largo por San Bernardino, y un poco más allá, en donde la carretera se bifurcaba, torció a la derecha, hacia el Norte.

Cinco millas antes de llegar a Big Bear Lake encontró un campamento integrado por varias cabañas hechas con troncos de abeto y un lugar para el aparcamiento de coches.

Apenas hubo cerrado la ignición del suyo, oyó chirriar la puerta de la primera cabaña, apareciendo en su umbral un hombre con una gran linterna.

Jim se aproximó a él. Era un viejo de ojos verdosos y nariz larga.

—¿Puedo pasar la noche aquí, abuelo? —preguntóle.

—Claro que sí, hijo mío. Entre y llenará la hoja de registro.

Jim suscribió las correspondientes casillas del impreso con su verdadero nombre, pagó cinco dólares y recibió a cambio la llave de la cabaña número cuatro.

Ésta se componía de una sola habitación en que había una cama, una silla, un perchero, un lavabo y una lámpara de queroseno.

Jim no cerró la puerta por dentro. Se quitó solamente la chaqueta, que puso sobre el respaldo de la silla, apagó la lámpara que había encendido al entrar y sentóse en el borde de la cama con la pistola en la mano.

Los minutos transcurrieron inexorables. De vez en cuando, del bosque cercano llegaba el chillido de una ardilla, el aleteo de un pájaro nocturno o el sordo rumor de las hojas al ser movidas por la brisa.

Pero súbitamente, cuando Jim llevaba más de una hora de espera, creyó percibir un ruido peculiar: el de unos pies que se acercaban a la puerta. Pasos sigilosos, de traición.

Se produjo un levísimo chasquido en la cerradura y luego la puerta comenzó a abrirse.

Ya estaba dentro el intruso, habiendo cerrado silenciosamente a su espalda. Avanzaba hacia la cama.

—Le estoy apuntando a la barriga —advirtió Jim, con voz que restalló como un látigo.

Una exclamación aguda fue la respuesta.

—Vuélvase de espaldas —ordenó ahora Jim, incorporándose.

Se acercó a la lámpara, raspó un fósforo con la uña y al encender aquél quedó estupefacto: ante él estaba Susan Rush, la secretaria de Norman Kendall.

CAPÍTULO IX

—¿Así que también es usted de la banda? —dijo Jim.

Susan se volvió como un rayo, mostrando en la mano una automática con cachas de marfil.

—¡No me engañará dos veces, señor Madison!... —exclamó con las pupilas centelleantes.

—¿Pero es que el mundo se ha vuelto loco? Desde que me vi envuelto en este condenado asunto no veo más que pistolas. Todo el que me encuentro posee una y la saca a relucir a la menor ocasión.

—¡Y ha tenido la suerte de librarse de todas ellas!

—¿Es que le duele? Pues sepa que puse mayor interés por escapar con vida ante la perspectiva de volverla a ver. Pero en ningún momento he podido imaginar que usted se hallaba relacionada con tanta bazofia.

—¡Me está insultando, señor Madison!

—Qué pena, ¿verdad? Matan a cualquiera con la misma felicidad que yo tomo un huevo pasado por agua, y me dice que la estoy insultando.

—¡Usted es el verdugo de ellos!

—¿Que yo...? —empezó a preguntar Jim, asombrado.

—Mató a Lemberk, a Cooper, y habrá matado a muchos más.

—A dos solamente y en legítima defensa.

—¿Me va a hacer creer que Lemberk no fue vilmente asesinado?

—¿Lemberk?... ¡Si ni siquiera lo conozco!

—Ahora es usted un cínico.

Jim miró fijamente a la joven y de repente chasqueó los dedos, exclamando:

—¡Henry Tobías!... ¡El falso Henry Tobías era Lemberk!... ¡Tiene que creerme, Susan!... ¡Lo encontré muerto!

—¿Y Cooper?

—Lo atrajeron a mi apartamento y le dieron el pasaporte con la intención de cargarme el crimen.

—¿Qué demonios tiene que ver entonces con el lío?

—Lemberk nos contrató en Los Angeles para resolverle un asunto.

Dijo que su vida estaba en peligro y que la solución la hallaríamos en Las Vegas.

Susan dio un suspiro y dejó caer inertes los brazos a lo largo del cuerpo.

—Esto es superior a mis fuerzas —declaró—. En cuanto acabe este caso, pediré la excedencia.

—¿De dónde?

—Del Cuerpo Auxiliar Femenino del Departamento de Narcóticos.

Jim encanutó los labios, lanzando un silbido.

—¡Usted una agente del Gobierno!

—Delicioso, ¿no es eso? Mi verdadero nombre es Susan Cambridge.

Súbitamente se oyeron nuevos pasos procedentes del exterior. Jim dio un salto y apagó de nuevo la lámpara.

—¿Qué hace? —inquirió la joven.

—Estaba esperando al hombre que ha de resolvernos el crucigrama cuando usted llegó. Contenga la respiración y quítese de ahí. Trataré de cazarlo por la espalda.

Se desplazaron ambos y la cabaña volvió a quedar sumida en el silencio.

La puerta se abrió una vez más, y cuando el intruso penetró en el interior, Jim surgió por detrás y lo fulminó de un certero culatazo en la cabeza.

—¡Bien! —exclamó con voz triunfal—. ¡Se acabaron las preocupaciones!... Este hombre es la solución del caso.

Encendió un fósforo, después la lámpara, y al mirar al caído estuvo a punto de desplomarse él también.

El hombre que estaba en el suelo era Romo Silver.

—¡Pero si es su amigo! —exclamó Susan.

Jim soltó un gemido.

—Claro que lo es. Pero ¿qué demonios hace aquí?

—Vino conmigo en uno de los coches. ¿No lo sabe? Los de la Convención-organizaron una cacería para mañana en Big Bear Lake. Jim se agachó, invirtiendo varios minutos en palmeear las mejillas de Romo. Al fin el desvanecido abrió los ojos y se pudo levantar, tocándose la dolorida cabeza.

—¡Dime quién ha sido, Jimmy!... —chilló—. ¡He de hacerle una corbata con las piernas!

—Me equivoqué de persona y te aticé —le explicó su socio.

—¿Eso hiciste?... ¡Oh!... —gimió Silver—. ¿Por qué he de recibir yo siempre los estacazos que se pierden?

—No te preocupes. Esto terminará pronto.

—Pero volveremos a meternos en otro jaleo. Así estamos desde que nos licenciaron del Ejército.

Romo se dirigió al lavabo para mojarse la cabeza. Entretanto, Jim preguntó a Susan:

—¿Me puede explicar cuál es su misión?

—Es sencillo —contestó la joven—. El Departamento de Narcóticos notó hace dos años que el contrabando de heroína, morfina y cocaína había aumentado en el Estado de California en un cincuenta por ciento. Se hicieron redadas entre los individuos fichados, y como el porcentaje no bajó, se llegó a la conclusión de que una nueva y poderosa banda estaba manipulando con narcóticos. Se nombraron a dos agentes para realizar este servicio de investigación; pero después de seis meses de trabajo no habían conseguido nada, por lo cual el alto mando del Departamento decidió recurrir a medios más eficientes, aunque también más peligrosos. Se trajo a un confidente de Nueva York, David Lemberk, que había prestado valiosos servicios en la zona este del país. El objetivo de Lemberk era introducirse en la banda. Al cabo de algún tiempo de hallarse Lemberk trabajando, comunicó que había establecido contacto con algunos personajes sin relieve y que sus sospechas se inclinaban hacia cierto Club de Tímidos que había en Pasadena. El Departamento esperó nuevos informes, y cuando éstos fueron afianzando la primera impresión, me pusieron en juego a mí, para lo que me hicieron venir de Cincinnati. Se echó mano a un productor de cine amigo de Norman Kendall, el fundador y presidente de la Federación de clubs de Tímidos, al que fui presentada como una muchacha sin familia que, habiendo fracasado en la pantalla, deseaba colocarse como secretaria en algún despacho. Kendall, por la amistad que le unía con el productor y porque le caí bien, me contrató. Así empecé yo una labor paralela a la que llevaba Lemberk.

La joven hizo una pausa, en tanto Romo se secaba la cabeza con una toalla.

—¿Qué es lo que usted descubrió, Susan? —preguntó Jira.

—Aunque yo trabajaba en la oficina de Los Angeles, eran frecuentes

las visitas de los presidentes y secretarios de los clubs establecidos en las ciudades cercanas. A veces dejaban sus carteras de documentos en lugares que yo, extremando mi precaución, podía abrir y ojear durante unos minutos. Un día cayó en mis manos la que tenía más interés en ver, la de Henry Tobías, y hallé unos papeles en que se citaba la *Fuente de la Sabiduría*. Al pronto no supe qué era, pero el Departamento me informó que se trataba de una secta religiosa en alza, que tenía su centro difusor en Pasadena. Ésta era una extraña coincidencia con lo comunicado anteriormente por Lemberk respecto a la misma localidad. Se informó a su vez a Lemberk, apremiándole para que acelerase el ritmo de su investigación, ya que los jefes del Departamento habían empezado a hablar de imponer jubilaciones y dimisiones a granel entre el personal de Los Angeles.

—Y Lemberk cumplió al pie de la letra la orden metiéndose en la boca del lobo.

—Así fue, y lo peor es que lo asesinaron antes de que pudiera comunicar nada.

—Esa parte la conozco yo mejor que usted, Susan. La banda descubrió la clase de trabajo que realizaba Lemberk y entonces éste trató de escapar o de ponerse en contacto con el Departamento. Pero lo tenían acorralado. Por pura casualidad leyó el anuncio que nosotros insertamos en un diario, solicitando una colocación rara y peligrosa, y trató de utilizarnos como medio de enlace. Estaba tan asustado cuando pudo hablar conmigo, que se separó sin decirme en qué consistía el asunto, limitándose a señalarme que debíamos ir a Las Vegas y que recogeríamos los pasajes en su apartamento, donde nos pondría al corriente de todo. Pero cuando fuimos a entrevistamos con él, estaba muerto... Lemberk utilizó el nombre de Henry Tobías como una forma de señalarnos la pista, puesto que añadió que en Las Vegas lo resolveríamos todo. Cuando apareció el verdadero Tobías la cosa quedó clara.

—Entonces, ¿cree usted que es Tobías el hombre responsable de la banda?

Jim adoptó una actitud dubitativa y al fin contestó:

—Tobías es un personaje importante en la banda, pero no el cerebro de ella. Lo considero como un simple ejecutor.

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión?

—Desde que me separé de usted he corrido unas cuantas aventuras, en el curso de las cuales he podido despejar algunas incógnitas. He tenido que ver en muchos jaleos, como dice Romo, pero jamás me he encontrado en uno tan complicado como éste. He ido de sorpresa en sorpresa. Cuando ya creía haber cogido el hilo del ovillo, me encontraba con que estaba tan enredado que era mejor probar con otra punta.

—Mi opinión particular es que usted exagera, Jimmy..., quiero decir, señor Madison.

Jim esbozó una sonrisa.

—Llámeme Jimmy, suena a música celestial en sus labios.

Ella también sonrió y quedáronse mirando en silencio.

Romo, que había terminado de secarse, contempló a la pareja, y chasqueó la lengua, diciendo en voz alta como si hablase para sí:

—Éste es el momento oportuno para marcharse.

Se fue hacia la puerta, la abrió de un tirón y salió al exterior.

—¡Eh, Jimmy! —chilló haciendo un gallo y deteniéndose.

—¿Qué pasa?

—¡Aquí!... ¡Un hombre!

Madison corrió con la pistola en la mano y ya fuera preguntó:

—¿Dónde?

—¡Estaba pegado a esa esquina! —explicó Romo con voz excitada

—. ¡Al verme, ha desaparecido!

—¡Por cien mil pares de demonios! —soltó Jim—. ¡Era nuestro tipo!

¿Quiénes se alojan en las cabañas de ese lado?

Susan contestó tras de él:

—Kendall, Tobías, Waden y Elmer. —Y preguntó a su vez—: ¿Sabe cuál de ellos puede ser?

—No.

Penetraron de nuevo en el interior y Romo declaró:

—Puede que vuelva otra vez.

—¡Ni hablar! —repuso Jim, malhumorado—. Ha sido nuestra oportunidad y la hemos dejado escapar.

—Quienquiera que sea, ¿cómo sabe que usted estaba aquí?

—De la misma forma que lo han sabido Romo y usted. Mirando por la ventana.

Susan se puso roja al darse cuenta de su ingenuidad y trató de rehacerse, manifestando:

—Vuelvo a insistir que es usted quien complica el caso, Jimmy.

—¿Que yo lo complico?... ¿Cree que he sido el autor de esta absurda combinación? ¡Club de Tímidos, secta de la *Fuente de la Sabiduría*, pandilla de contrabandistas de narcóticos y *gangsters* a granel!

—¡Yo le explicaré la relación que existe entre cada uno de esos términos!

—¡Magnífico!... —ironizó Jim—. Soy todo oídos, señorita agente.

—Los contrabandistas colocan su mercancía entre los clubs de Tímidos. Quiero decir que el mayor núcleo de clientes o consumidores de drogas está integrado por estas personas que, debido al complejo que sufren, son propensas a caer en la tentación de conseguir la suficiencia que les falta en sus relaciones sociales. Para ellos, la morfina, la heroína o la cocaína, supone tanto como romper las cadenas que les atan, impidiéndoles convivir como seres normales. Naturalmente, habrá muchos de ellos que se opondrán en un principio a recurrir a tales medios, pero si caen una sola vez, caerán mil.

—¿Y el asunto de la secta?

—Es una invención para aumentar la clientela. Resulta fácil, para mí al menos, imaginar que entre las prácticas de los prosélitos se incluirá alguna que será equivalente al nirvana indio. O sea la consecución de un estado espiritual perfecto por medio de la aguja hipodérmica. —Susan hizo una pausa, añadiendo después—: Y por último, los *gangsters* que ha nombrado usted no son más que los encargados de transportar las drogas y de velar por la seguridad de la organización.

Jim se quedó repentinamente serio y empezó a pasear por la habitación.

—¿Es que no está conforme con mis conclusiones? —preguntó la joven.

—Claro que sí —respondió él, deteniéndose—. Y apuesto a que le conceden un ascenso cuando las comunique a su Departamento.

—Sólo falta un pequeño detalle —dijo ella, con desaliento—. Capturar a los jefes de la banda y conseguir las pruebas que los delaten.

—Eso es poca cosa para usted. Los detendrá fácilmente.

Los ojos de Susan chispearon de furia.

—Pretende tomarme el pelo, ¿eh, señor Madison?

—Vamos, no se ponga así.

—¡Me tiene envidia porque mientras yo he descubierto algo, usted se ha dedicado por ahí a trotar de un sitio a otro sin el menor resultado!

—Ahora se porta como una chiquilla. Quizá sea mía la culpa por no haberle explicado ciertas cosas que usted ignora...

—¡No necesito saber nada! —repuso la joven, dando media vuelta y dirigiéndose hacia la puerta.

—¡Susan! —La llamó él.

La respuesta fue un gran portazo.

Romo emitió una risita diciendo:

—Poco ha durado la luna de miel... —Y de pronto, frunció el ceño para añadir—: Oye, Jim, ¿no correrá peligro en su cabaña?

—No; nuestro hombre se estará quieto esta noche.

—Le debes un favor, Jim.

—¿A Susan?

—¿No te ha extrañado que la policía no saliese detrás de ti cuando encontraron al muerto en nuestro apartamento?

—¿Qué quieres decir?

—Susan declaró que había estado contigo.

—¿Pero ella no estaba presente en la Convención cuando mataron a Cooper?

—Salió del local poco después que tú.

Jim se quedó unos segundos pensativo y de pronto golpeó con el puño contra la palma de la mano, exclamando:

—¡Estúpido de mí!... ¿Cómo no lo he comprendido todo antes?

CAPÍTULO X

Los golpes que retumbaban en la puerta hicieron despertar a Jim sobresaltado e instintivamente echó mano a la pistola que tenía bajo la almohada.

—¡Soy yo, Jimmy! —Oyó la voz de Romo—. ¡Date prisa!... ¡Los demás se han ido hace rato!

—¡No tardo más de cinco minutos!

Pocos segundos antes del tiempo fijado, Jim salió de la cabaña, preparado para la marcha.

—Oye, Jim —le dijo Silver—. He estado pensando en una cosa durante toda la noche.

Madison se metió en el sedán y su amigo se sentó a su lado.

—¿En qué? —preguntó el primero, poniendo en marcha el motor.

—Tal como están las cosas, sería conveniente para nosotros que fuésemos a otro sitio a respirar...

—Aquí hay el mejor aire de California. ¿Es que no lo sabes?

—Pero puede resultar muy caro el litro y en otras partes es completamente gratis. No me gustaría pagar el recibo que me presente una señora huesuda con una guadaña en la mano.

—¡Caramba, Romo! ¡Eso es todo un pensamiento!

—Déjate de tonterías. Podemos seguir explotando lo de la colocación rara y peligrosa en la sección de anuncios, pero hemos de ser listos en elegir nuestros clientes. Dime tú; ¿qué vamos a sacar de beneficios en este maldito caso?... ¡Santo cielo, si el único que nos podía pagar está enterrado!... ¡Ni siquiera tenemos los gastos pagados!...

Dos millas más allá del campamento, la carretera serpenteaba peligrosamente por la montaña, por lo que Jim se vio obligado a disminuir la velocidad del sedán, mientras trataba de devolver los ánimos a su compañero.

—¿En qué negocio hemos estado metidos que hayamos escapado con pérdidas, querido Romo?

—Bueno, para lo que nos han durado las ganancias... Siempre terminamos trabajando para una rubia, una pelirroja o una morena.

—Ya verás cómo sacamos tajada de este asunto. Pienso poner en práctica una idea que nos llenará la bolsa.

En ese instante un golpe terrible conmovió el coche, haciéndole crujir y bambolearse. Jim pisó los frenos y el vehículo se detuvo con rechinar de neumáticos.

—¡Un terremoto! —exclamó de pronto Romo.

Jim miró a su espalda, sintiendo que la sangre se le helaba en las venas. Silver también volvió la cabeza y no pudo evitar un alarido de pánico.

La parte trasera del capot era un montón de chatarra retorcida.

Descendieron cada uno por una puerta y contemplaron la gran roca que había quedado en la cuneta después de hacer papilla el techo del automóvil. Había caído de una altura de ocho metros. Por una simple décima de segundo, los dos camaradas habían escapado a una muerte cierta.

—¿Qué dices ahora, Jim?

—¿Te refieres a esa piedrecita? —Madison señaló la roca—. Eres muy inculto, Romo. Se trata de una vieja costumbre de los habitantes de la comarca para dar la bienvenida a los forasteros.

—Sí, ¿eh? Pues yo prefiero las costumbres de mi pueblo.

—Lo que te pasa a ti es que no sabes apreciar los sentimientos rudos pero nobles de estas gentes. Anda, sube...

—¿Es que vamos a continuar?

—Se contentan con una píldora de ésas. Ahora ya tienen con qué reír durante todo el invierno.

Romo subió al coche a regañadientes y reanudaron el viaje, llegando pocos minutos después a Big Bear Lake sin más contratiempo.

El lugar era un prodigio de la Naturaleza. Había un gran lago rodeado por bosques de abetos y majestuosos picos con las cimas blanqueadas de nieve. En la orilla derecha se levantaban dos hoteles y varias cabañas.

Jim aparcó el sedán junto a los otros coches y, seguido de su amigo, dirigióse al hotel en cuya parte superior se leía un nombre en letras rojas: «Cali».

En el vestíbulo se encontraron con Norman Kendall y Carl Wade.

—¡Qué sorpresa, señor Madison! —lo saludó sonriente el presidente de la Federación de Clubs de Tímidos—. Llegué a pensar que se nos

había evaporado...

—Recibí en Las Vegas un telegrama de mi tía Gertrudis...

—¿Malas noticias? ¿Muerta?

—No; me llamó a Los Angeles para decirme que me desheredaba. Ella y yo nunca nos entendimos.

—Lo siento, amigo. Entonces le vendrá a usted pintiparada un poquito de diversión para quitarse el sinsabor. ¿Trae equipo de caza?

—Mi último equipo se componía de un tirador de goma y una bolsita para piedras. No mato un pájaro desde los quince años.

—Aquí venimos a cazar venados, Madison. Pero no se preocupe. El encargado del hotel, el señor Ramos, le proveerá de todo cuanto necesite. Y a su amigo también, naturalmente. No olvido que son ustedes nuestros invitados. Yo subo a mi habitación a cambiarme. Hasta ahora, caballeros.

Kendall giró sobre sus talones y se marchó escaleras arriba.

Carl Wade preguntó a Jim:

—¿Dio con la secta, Madison?

—Sí; ha sido una experiencia muy instructiva.

—¿Sabe ya quién mató a Cooper?

El joven miró fijamente a los ojos de su interlocutor, respondiendo:

—Lo sé, Wade, y mucho más aún.

—En tal caso, ¿puedo esperar que no me aburra durante esta estúpida cacería?

—La jornada será pródiga en emociones, si es que se refiere a eso, Waden. ¿No va usted a salir al monte?

—Claro que sí, pero no pienso disparar un tiro contra los animales. Me inspiran una gran lástima. Yo también me voy a preparar. Luego nos veremos.

Wade también se fue, y Jim y Silver se presentaron al señor Ramos, quien, según anunciara Kendall, los proveyó de los correspondientes equipos de caza y señalóles una habitación con dos camas.

Los socios subieron y se cambiaron, riéndose el uno del otro cuando se encontraron embutidos en los trajes de cazador. Pusiéronse la escopeta en bandolera y bajaron al vestíbulo, donde ya se hallaban una docena de los que habían de participar en la cacería.

Jim descubrió a Susan sola contemplándose en un espejo y acercóse a ella después de decir a Romo que lo esperara en el bar.

—Realmente deliciosa... —murmuró al llegar a su lado.

Susan se volvió tan rápidamente como si la hubiera picado un escorpión.

—No necesito sus requiebros, señor Madison.

—¿Todavía no se le ha pasado el enfurruñamiento?

—¿Usted qué cree? —le desafió ella, levantando la barbilla.

—Que podríamos hacer las paces y cazar juntos. ¿Le he dicho alguna vez que soy el enemigo público número uno de los barracones de feria? Donde pongo el ojo pongo la bala. Un tipo me dijo cierta vez que si hubiera nacido en el siglo pasado habría sido más grande que Wild Bill Hickok.

—Es posible, señor Madison. Pero usted ha nacido en el siglo xx, y ¿sabe lo que es usted en el seno de nuestra sociedad? Un aventurero, un hombre sin escrúpulos.

—¿Es cierto que opina eso de mí?

—Esta noche he pensado mucho en usted.

—Yo tampoco he podido dormir recordándola.

—¡No me interrumpa! Si supiese lo que he pensado, no le haría tanta gracia.

—Es usted una embustera.

Susan se puso súbitamente lívida.

—¡Señor Madison!... —exclamó, sin poder contener su indignación.

—Dijo usted a la policía de Las Vegas que yo había estado en su compañía a la hora aproximada en que fue muerto Cooper. ¿Por qué?

La muchacha se quedó tan sorprendida que trató de hablar dos veces, pero sólo consiguió emitir una serie de sonidos inarticulados.

Jim prosiguió, con un brillo de ironía en los ojos:

—Si usted llegó a mentir por mí, fue porque tenía absoluta seguridad de que yo no era capaz de hacer una cosa así. ¿A qué se debe, pues, que ahora, inopinadamente, cambie de opinión y me llame aventurero y hombre sin escrúpulos?

—Es usted, es usted... —Susan buscó el calificativo desesperadamente—, ¡perverso!... ¡Eso es lo que es!...

Jim distendió los labios sonriendo.

—Y usted es hermosa, encantadora y fascinante. Y además la quiero, Susan.

—¡Oh!... —exclamó ella, haciendo un mohín de estupor.

Jimmy la cogió por los hombros, la atrajo con rudeza y besóla apretadamente en la boca.

La joven luchó por desprenderse y cuando lo consiguió dijo:

—¡Le aborrezco, señor Madison!

Y se separó de él andando con paso presuroso y la cabeza erguida.

Un «botones» que se hallaba detrás de Jim y que había presenciado el beso, se rascó la nuca y exclamó:

—¡Demonios, cómo están este años los tímidos!

Jim se volvió y arrojó un dólar al chiquillo, replicando:

—Te lo has ganado, muchacho.

Regresó junto a Romo, quien señaló a Henry Tobías, proponiendo:

—¿Por qué no acogotamos a ese tipo de una vez y damos por terminado el negocio? ¡Está tan claro como el agua que él liquidó a Lemberk!

—Nos hallamos en una montería, Romo, y montería quiere decir caza mayor.

Después de desayunar, los cazadores abandonaron el hotel. Poco a poco, conforme avanzaban, éstos se fueron dispersando y los dos amigos no tardaron en encontrarse solos entre los abetos del monte. Un venado se les cruzó por delante y no le hicieron el menor caso. Empezaron a menudear los disparos, y como a Jim no le gustaba aquello, sugirió se alejasen lo más posible de los cazadores.

A la hora de haber salido del «Cali» dieron con la hendidura de una roca resguardada del viento, y allí se acomodaron con la idea de dejar transcurrir el tiempo.

Al cabo de un rato de silencio. Romo dijo:

—Me gustaría volver a Nueva York.

—¿Por qué? Aquí tienes paz y tranquilidad. Es como una cura de reposo. Nos lo dijo aquel matasanos que visitamos en Kansas. Teníamos hecho polvo el organismo.

—¡Se refirió sólo a ti, Jimmy!

—Pero también dijo que más vale prevenir que curar.

En aquel instante sonó un estampido y una bala silbó siniestramente, sepultándose entre los dos amigos. Ambos dieron un salto, arrojándose de cabeza por detrás de la roca, cuando un segundo proyectil se clavaba en el lugar donde había estado Jim.

—¡Paz y tranquilidad! —Parodió Silver—. ¡Es como una cura de reposo! ¡Damas y caballeros, acudan a Big Bear Lake y tonificarán

sus pulmones con las más estupendas raciones de plomo!

—Te indiqué que esto era caza mayor, pero no te dije quiénes serían los cazados.

—¿Quieres decir que vamos a ser nosotros? —preguntó Silver con voz lamentosa.

Jim sacó la pistola, de la que no se separaba, diciendo:

—Les va a ser difícil hacerse con las piezas —asomó la cabeza para intentar ver el lugar desde donde disparaban, pero tuvo que esconderla inmediatamente porque una bala le hizo cosquillas en una oreja.

A unas treinta yardas había una hilera de gruesas piedras, una auténtica trinchera natural, tras la que se hallaba el enemigo.

Jim descubrió también que, siguiendo el camino de la derecha, podía realizar una maniobra envolvente sorprendiendo a aquél por la espalda.

—¡Dispara con la escopeta, Romo! —ordenó a su amigo.

—¿Adónde? No querrás que asome un ojo para que me dejen tuerto.

—¡Al aire, a los árboles, adonde sea! ¡Vamos, empieza!

Silver obedeció, apuntando al grueso tronco de un abeto y logrando fallar el tiro por sólo dos yardas.

Jim se arrastró reptando con los codos, igual que lo hiciera en cierta ocasión durante la guerra, y pudo ganar el terreno superior, desde el que corrió agachado más allá de la hilera de rocas. Luego descendió y se acercó cautelosamente.

Soltó una maldición viendo el lugar vacío, pero como oyese el ruido de una rama al ser tronchada, giró la cabeza en aquella dirección, descubriendo a un hombre que corría por entre los abetos. Éstos eran tan espesos y la distancia tan larga que no pudo identificar quién era. Disparó dos veces la pistola y se lanzó monte abajo con la esperanza de que alguna de sus balas hubiese alcanzado al fugitivo. Empero, perdió de vista a éste y, como no conocía el terreno, prefirió detenerse, ya que se exponía a ser él quien se convirtiese en cadáver.

Iba a volver junto a su amigo cuando acertó a ver una gorra de cazador enganchada en un arbusto, cogiéndola con el pecho alborozado.

—¡Pasó el peligro! —le dijo a Romo.

Éste salió de detrás de la roca, preguntando:

—¿Lo tumbaste?

—Se escapó, pero tenemos algo de él: su gorra.

¡Date prisa! Hemos de regresar al hotel cuanto antes.

—¿Piensas descubrir al asesino por la gorra?

—Eso mismo.

—Pero él llegará allí antes que nosotros y entonces cogerá una de repuesto.

—En cuyo caso, quien esté allí es el hombre que ha intentado matarme, y si no está... bastará que esperemos la vuelta de un cazador sin gorra.

Romo quedó convencido por la argumentación y emprendieron el regreso.

No; en el hotel no había ningún cazador, les informó el encargado. Ellos eran los primeros que volvían de la montería.

Se sentaron ante el mostrador del bar y bebieron *whisky* a pequeñas dosis, mientras esperaban.

Al fin apareció uno de los tímidos andando lastimosamente. Una de las botas le había hecho una ampolla en un pie. No le faltaba la gorra. Subió la escalera con objeto de remojar las extremidades en su habitación.

Diez minutos más tarde penetró un grupo integrado por tres escopetas. Todos iban cubiertos.

Cuando los ex paracaidistas llevaban examinadas infructuosamente nueve testas, cruzaron el vestíbulo Susan Rush, Norman Kendall, Carl Waden y Henry Tobías, dirigiéndose al bar.

Kendall y Tobías llevaban la cabeza descubierta.

El presidente de la Federación sonrió a Jim, preguntando:

—¿Buena caza, señor Madison?

—No acerté ni uno. ¿Y usted?

—Tres venados, y dos que toqué, pero que se escaparon.

—A mí también se me escapó una pieza, pero estoy seguro de que caerá de un momento a otro.

—En ese caso, no se perderá. Los ojeadores se han quedado para rematar a las piezas heridas. ¿*Whisky* todos?

Los interrogados dieron la conformidad. Susan trataba de ignorar a Jim, lo cual divertía mucho a éste. Tobías bebió su vaso y dijo que se retiraba a descansar. Cuando se había alejado hacia la escalera, Jimmy hizo como si recordase súbitamente algo y salió en pos de

aquél, alcanzándolo en el primer peldaño.

—Señor Tobías —dijo Jim, arqueando las cejas—. ¿No es ésta su gorra?

El secretario del club de Pasadena observó con el ceño fruncido la prenda que Madison mostraba en la mano.

—No es posible —declaró.

—¿Por qué? Usted salió con ella y regresa...

—También con ella —interrumpióle Henry, metiendo la mano en el bolsillo y exhibiendo su gorra.

Jim se quedó cortado y el otro esbozó una sonrisa, diciendo:

—De todas formas, le doy las gracias por su amabilidad.

Madison lo vio subir la escalera, continuando él inmóvil por la sorpresa. Entre Kendall y Tobías hubiese apostado siempre en contra del segundo.

Retrocedió al bar y habló a Norman:

—Casualmente he encontrado su gorra, señor Kendall.

El presidente miró lo que Jim le alargaba y su rostro se alegró.

—¡Muchas gracias, Madison! La dejé sobre una piedra para limpiarme el sudor y cuando fui a cogerla, ya no estaba.

—El señor Kendall cree en aparecidos —terció Wade—. Sostiene que la gorra le fue quitada por un espíritu.

—Usted quiere que admita que soy un distraído —replicó Norman, sin perder la sonrisa—. ¡De acuerdo! ¡Lo admitiré para que quede tranquilo!

—Cierta clase de distracciones resultan caras, Kendall —dijo Jim con los músculos faciales tirantes.

—No lo dudo. Es una máxima que deberíamos tener en cuenta más a menudo. Se evitarían muchas cosas.

—Como por ejemplo, crímenes.

El presidente miró a los ojos de Madison, asintiendo:

—Eso es. Se podrían evitar incluso muertes.

Luego, Kendall fue a coger su vaso y, como tenía la gorra en la mano, se la puso en la cabeza.

—¡Demonios! —exclamó—. Me parece que no es mía.

En efecto, le quedaba muy pequeña, ridículamente pequeña.

Jim quedó unos instantes perplejo observando la cabeza del presidente, y al fin dijo con rapidez:

—Puede que el señor Wade se confundiese y cambiase su gorra con

la de usted.

—No —dijo Carl—. ¿No ve que la mía la tengo puesta? —Sonrió a Jim como si le divirtiese la investigación, añadiendo—: Me la probaré para demostrarlo.

Se la puso, quedando acreditada la certeza de sus palabras. Le venía grande. Finalmente, Jim la cogió y empezó a girar diciendo:

—Creo que ahora se la devolveré a su legítimo dueño.

Se dirigió a la cabina telefónica, donde permaneció diez minutos y luego salió preguntándole a Ramos el número de la habitación de Henry Tobías. Poco más tarde llamaba con los nudillos a la puerta. La voz de Tobías le autorizó a entrar y él lo hizo, cerrando a sus espaldas.

Henry se había cambiado de indumentaria. Ahora vestía camisa de franela a cuadros y pantalón caqui.

Estaba de pie en el centro de la habitación sosteniendo un vaso de *whisky* en la mano.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó a su visitante.

Éste dio dos pasos hacia él y se detuvo alargándole la gorra en silencio.

—Creo que se equivoca, Madison —declaró Henry con voz firme.

—Pruébesela y lo veremos.

—Le digo que...

—¡Pruébesela!

La palabra de Jim sonó como un latigazo. Tobías dudó todavía un instante, pero al fin cogió la prenda con la mano libre y se la puso en la cabeza.

La gorra le sentaba a la perfección.

—¿Quiere probarse ahora la que usted ha traído, Henry?

El secretario del Club de Tímidos bebió parsimoniosamente un trago de *whisky* y después dijo:

—No es necesario. Usted gana. ¿Me puede decir qué va a sacar de todo esto, Madison?

—Voy a terminar su negocio, Henry.

—Debe ser divertido saber de qué forma lo va a lograr.

—Haciendo un registro en esta casa. Apuesto a que encontramos drogas por valor de muchos miles de dólares.

—¿Quién le ha contado esa historia?

—Nell y Marlon, un par de muchachos que me aprecian una

enormidad.

—¡Malditos soplones!

—No se ponga así, Henry. Se le acabó su racha de suerte. ¿Por qué no confiesa quién es el jefe de la organización?

—¡No hay más jefe que yo!

Jim lanzó una carcajada.

—¿Cree que soy tonto, secretario? Estoy al corriente del asunto, pero me alegraría oírlo de sus labios.

Henry dio unos pasos por la habitación y luego se detuvo, diciendo con una sonrisa:

—Es dinero lo que busca, ¿no es eso? Está bien, ¿cuánto?

Las pupilas de Jim adquirieron más brillo.

—¿Cree que he arriesgado mi vida un montón de veces desde que metí la nariz en su asqueroso estofado para sacar una tajada? Primero con su pareja de asesinos, que en paz descansan, Freddie y Dick, luego intentaron hacer lo mismo Nell y Marlon, y esta mañana con la piedrecita...

—¿Qué piedra? No sé una palabra de ello.

—Y hace un rato pretendió cazarme como a un venado.

—Mil dólares le harán olvidar los sinsabores que ha sufrido Madison.

—No, Henry.

—Añadiré quinientos. Es un precio de campeonato.

—Lo que puede calificar de campeonato es la paliza que voy a darle. Lo llevaré hasta el vestíbulo a puñetazo limpio y, una vez allí, dirá a voz en grito, para que todos lo oigan, quién es el asesino que usted ampara.

Henry lanzó el vaso que sostenía contra la cabeza de Jim. Pero éste eludió el golpe, recibiendo tan sólo una ducha de *whisky*, arrojándose a continuación sobre su rival.

El puño derecho de Jim surcó el aire y se estrelló en el mentón de Henry, quien salió disparado hasta dar con las espaldas en la pared, desplomándose.

Jim abrió la puerta de par en par, cogió a Tobías por el cuello de la camisa y le atizó un terrible directo al pómulo.

El secretario salió de la habitación reculando con la velocidad de un «Cadillac», cayendo de nuevo en el corredor. Pero logró incorporarse antes de que Jim se le acercase y replicó con un

mazazo en el hígado. Madison se arrugó dando un aullido, recibiendo entonces un rodillazo en plena cara.

Los cazadores que se hallaban abajo habían oído el ruido de la pelea y tomaban posiciones para no perderse detalle de ella.

Jim, rehaciéndose, llevó a su antagonista hasta el borde de la escalera golpeándole una y otra vez en el rostro, para finalizar la serie con un certero gancho. Henry perdió el equilibrio y rodó hecho una pelota.

Jim saltó de dos en dos los peldaños y, ya en la planta baja, cogió del brazo a Tobías, ayudándole a levantarse.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Norman Kendall con las cejas fruncidas por el asombro.

—¡Vamos, Henry! —Zarandéo Jim a su molido rival—. El presidente quiere saber por qué nos pegamos.

Tobías resoplaba una y otra vez, intentando tragar el aire que necesitaban sus maltrechos pulmones.

—¡Este hombre... está loco! —pudo decir entre balbuceos mirando a Kendall.

—¡Señor Madison! —exclamó éste—. ¡Le exijo una explicación de su conducta!

—Conque quiere una explicación, ¿eh? —replicó Jim rabioso—. ¡Se la daré con mucho gusto!

—¡Yo seré quien hable! —intervino de repente Susan, pasando a primer término del círculo de curiosos.

—¿Usted, Susan? —inquirió Kendall parpadeando.

—Susan Cambridge, agente del Departamento de Narcóticos del Gobierno de Estados Unidos —se presentó la joven.

—¿Qué dice? —chilló el presidente, entornando los ojos.

—Señor Kendall, los clubs de Tímidos han venido siendo utilizados por cierta banda de contrabandistas de drogas para colocar su mercancía.

Norman púsose lívido y sus piernas temblaron ostensiblemente.

—¿Qué está diciendo, Susan? ¿Es que se le ha subido el *whisky* a la cabeza?

—Dice la verdad —terció Jim, soltando a Henry mientras se acercaba a Kendall—. Y nuestro amigo Tobías es uno de los más importantes ejecutores del *gang*.

—¡Ya basta, Madison! —rugió la voz de Henry.

Todos volvieron la cabeza.

El secretario del club de Pasadena esgrimía una pistola en la mano derecha. Sus labios se contrajeron en un rictus de odio.

—Se ha pasado de listo, Madison. Ahora va a recibir lo que se ha estado ganando.

—¿Qué va a adelantar con ello? —preguntó Jim, sin perder la serenidad—. Si me mata no lo salvará nadie de la última pena.

—¿Cree que voy a conformarme con los diez años a la sombra que me impongan si me entrego? —dijo sarcástico el otro—. Prefiero correr el riesgo de que me claven una bala. Lo tenía todo previsto para cuando este momento llegase. Mi mujer me espera en la frontera mexicana.

—Una linda mujer —comentó Jim, recordando a Mitzi Clooney. Susan le dirigió una mirada de rencor, en tanto Henry comenzaba a recular hacia la puerta.

—Bien, Madison —decía—. Ambos vamos a comenzar una nueva vida. Usted en el infierno y yo en el paraíso. Quería saber quién era el jefe. Pues no se lo diré. ¿Y sabe por qué? Porque me voy a llevar todo el botín y él, por la cuenta que le tiene, se callará...

En México hay muy bellos lugares, y en el Brasil y hasta en Europa.

—¡No haga eso, Henry! —exclamó Kendall—. Lo cogerán adonde quiera que vaya.

—¿De veras, señor presidente? No se preocupe por mí. Hay muchos métodos para eludir a la policía. Puede que hasta me cambie de cara. Hay dinero suficiente para ello.

Los cazadores se habían separado de Jim, a excepción de Susan y Romo.

—¡Marcharos! —les dijo Jimmy—. ¡Con un funeral habrá de sobra!

—Pe... pero lo va a matar —gimió la muchacha.

—¡Llévatela, Romo!... ¡Es una orden!

Silver cogió a Susan.

Henry ya estaba subiendo los dos peldaños que separaban el vestíbulo de la puerta.

—¡Buen viaje, Madison! —exclamó, sonriendo siniestramente.

Se oyeron uno, dos, tres, cuatro estampidos.

Los proyectiles penetraron en la carne, los tejidos, los huesos, y el cuerpo se estremeció convulsivamente.

—¡Perro! —dijo Henry Tobías, y se desplomó sin vida sobre el piso.

Robert Gaye, con la pistola humeante, dio un suspiro y se acercó al muerto desde la puerta, seguido de cuatro hombres.

Romo acudió a abrazar a su amigo.

—¡Santo cielo!... ¡Creí que lo conseguiría, Jimmy!

Jim miró a Susan y sus ojos se encontraron, entablándose un mudo diálogo.

Norman Kendall estrechó la mano del policía.

—Teniente Gaye, hace tiempo que no le veo, pero su llegada ha sido verdaderamente providencial. ¿Qué dice usted, Madison?

—Que le debo la vida al teniente.

Gaye sonrió, señalando a Jim.

—Es él quien ha hecho el trabajo de mérito. Se ha cargado a la banda de contrabandistas. Le presento al sargento Müller, de la policía de Barstow, Madison. Por él estamos aquí.

El sargento, un hombre de cara alargada y mentón partido, se acercó a Jim.

—¿Fue usted quien liquidó a aquel par de mochuelos en El Parador del Viajero, de nuestra ciudad?

—El mismo.

—Pues le felicito; pero tendrá que acompañarme para prestar declaración ante el fiscal del distrito.

—Con mucho gusto.

Un «botones» tiró de la manga de Jimmy respetuosamente, diciendo:

—Lo llaman al teléfono, señor. En la cabina.

Jim se encerró en la jaula donde permaneció unos minutos. Al salir, se encaminó hacia el grupo integrado por Kendall, Wade, Gaye, Müller, Romo y Susan.

—¿Se viene ya? —le preguntó Müller.

—En seguida; pero antes queda por hacer algo importante. Aún no sabemos quién es el jefe de la organización a que pertenecía Henry Tobías.

Kendall contestó:

—¿Cree que eso es fácil habiendo muerto Henry?

—La banda ha quedado desorganizada —intervino Gaye—. Yo creo que dentro de muy poco tiempo caerá también el cabecilla.

—No, teniente —dijo Jim—. El jefe no sería cazado nunca si consiguiese escapar del hotel. Haría lo que pensaba hacer Tobías.

Poner tierra por medio.

—¿Sabe usted quién es? —preguntó Carl Wade.

—Sí.

La contestación afirmativa de Madison dejó al grupo en suspenso. Todos parecían formar parte de un grupo escultórico.

—¡Dígame el nombre! —pidió Gaye.

—Usted, teniente.

Una bomba atómica que hubiese estallado a veinte millas no hubiese producido más efecto entre los reunidos en el vestíbulo.

—¿Está en su sano juicio, Madison? —dijo Kendall, estupefacto.

—Es una convicción como que existo.

Robert Gaye lanzó una carcajada.

—¿Cómo se le ha ocurrido semejante idea, Madison? Confieso que me gustaría saber qué clase de argumentaciones ha barajado en su volcánica imaginación para llegar a una conclusión tan maravillosamente sorprendente.

—Es sencillo, Gaye. Usted cometió varios errores. Se los enumeraré. Yo descubrí el cuerpo de David Lemberk, el falso Henry Tobías, encontrando una foto de una mujer en su cartera.

—Que seguramente se guardó. Esto es un delito; apropiación indebida de prueba.

—Cuando murió George Cooper visité su departamento, encontrando una nueva fotografía de la misma mujer. Por si le interesa, ambas fotos han sido remitidas al fiscal jefe de Los Angeles. Aquellos dos hallazgos me produjeron no pocos quebraderos de cabeza. ¿Quién era aquella dama y por qué ambos muertos guardaban tal recuerdo suyo? Una de las fotos tenía una dirección: Pasadena. Me dirigí a esta ciudad y en el camino cometió usted otro error, Gaye. Me envió a dos de sus *gangsters* porque sabía perfectamente que yo acudiría a Pasadena. Me libré de ellos y logré conocer a mi dama. Era la secretaria de una secta religiosa, la *Fuente de la Sabiduría*. Naturalmente, no me fue fácil de reconocer. La joven había cambiado su presentación, color del cabello, maquillaje, vestido, maneras, hasta el extremo de que ahora llevaba unas gafas de carey.

—¿Va a decir que yo dirijo también esa secta? —preguntó Gaye, todavía sonriendo.

—No; pero estoy seguro de que percibe un canon por prestarles su

protección. Además, usted necesitaba de la *Fuente de la Sabiduría* como coartada para el caso de que el asunto del contrabando de drogas se echase a perder. Como efectivamente así ha ocurrido. Es decir, que usted dejó las fotos en el cadáver de David Lemberk y en el apartamento de Cooper, para que las sospechas recayesen sobre la secta, puesto que la mujer retratada en ellas trabajaba en aquella. Todo muy bien planeado. Llegado el momento preciso, usted aparecería como policía eficiente que no mete mano en un negocio sucio por falta de pruebas, pero que está deseoso de encontrarlas al objeto de limpiar de suciedad su distrito. Eso es lo que usted se esforzó por llevar a mi volcánica imaginación durante nuestro paseo en automóvil. La mujer de la foto me dio cuerda hasta entrevistarse con usted, recibiendo la orden de que me llevase a la oficina aquella noche. Nos vimos en el restaurante y me citó. Yo no falté a la reunión y en lugar de Linda me encontré con otro par de cuervos. Usted habló por el teléfono, Gaye. ¿Era tonto que no se dejase ver? No lo hacía por mí, sino porque no quería descubrir su identidad a Nell y Marlon. Usted era un teniente de la policía, un elemento oficial. Si hubiera sido un delincuente profesional, un tipo cualquiera, habría dado la cara en aquel instante, puesto que yo me iba a llevar el secreto a la tumba. Pero también logré escapar y le entregué a los pájaros. Usted me preguntó adónde me dirigía. A Big Bear Lake, le dije, y me largué. Sabía que vendría aquí.

—¡He venido acompañando al sargento Müller! —exclamó Gaye, con seriedad.

—Hubiera venido con cualquier otro motivo. Para protegerme. Paradójicamente ha sido así, porque usted ha matado a Henry Tobías, no por librarme a mí, sino porque él era quien, si escapaba, se llevaba cierta cantidad de dinero, probablemente el precio de las últimas reservas de M y C distribuidas entre los consumidores, como lo prueba el hecho de que Tobías recibiese, el mismo día que fue muerto Lemberk, en Los Angeles, seis mil dólares que le adeudaba un detallista, Jack Peter, empleado de un casino en Las Vegas. Y si Henry caía, usted temía que pudiese cantar. Por todo ello, tal como se habían puesto las cosas, le interesaba Tobías más muerto que vivo.

—Y dígame, Madison: ¿cómo justifica las muertes de Lemberk y la de Cooper?

—Lemberk era un confidente del Departamento de Narcóticos. El tomó contacto con el Club de Tímidos de Pasadena e, indudablemente, se dio cuenta de los manejos de Tobías. Es posible que hasta lo descubriese a usted. En cuanto a Cooper...

—Yo puedo hablar de él —intervino Carl Wade—. Le informé insuficientemente, Madison. Cooper y yo estábamos unidos por una vieja amistad. George fue a quien se le ocurrió la idea de la *Fuente de la Sabiduría*. Me pidió que le informase sobre las sectas y yo accedí, sin imaginar lo que se proponía. Al principio me engañó con su misticismo y extremó su hipocresía hasta el punto de hacer una figura de cera de mi persona utilizando una fotografía. Pretendió unirme a la estafa, pero yo me negué a compartir el sucio negocio. Cuando habló en el bar del Majestic de la secta, lo hacía en son de burla, riéndose de mí, a quien debía su fortuna, siendo así que yo no había consentido aceptar un centavo de los ingresos.

—Buen susto me dio su figura de cera, Wade. Aunque ya entonces sospechaba del teniente, pensé que usted era un testaferro suyo. Ahora todo queda más claro aún. Gaye debió decidir liquidar su negocio y suprimir obstáculos. Por eso mató a Cooper atrayéndolo a mi apartamento con el cebo de la cita de la muchacha estupenda.

—Es una bonita historia —dijo el teniente, apretando los labios—, pero ¿cómo podría probarla si usted mismo dice que el único que conocía mi doble identidad era Henry?

—Me preocupaba un poco tal aspecto de la cuestión y he telefonado hace un rato a un amigo de Los Angeles. Me acaba de contestar a las preguntas que le había hecho. Usted, Gaye, desde hace poco más de dos años ha estado ingresando dinero en las cuentas que tiene abiertas en cinco Bancos de Los Angeles. Son cantidades que oscilan entre los dos mil y cinco mil dólares trimestrales... ¡en cada Banco!... ¿Cómo responderá a las preguntas que le hagan sobre el origen de ese dinero? Hay otras pruebas accesorias que se podrán utilizar, tal como la de enfrentar con su voz al micrófono a los que lo oyeron alguna vez. Es posible que Nell y Marlon tengan que decir algo al respecto. E incluso nuestra bella señorita Linda Reynolds. Apuesto a que declarará lo que sepa, que será mucho, cuando se le prometa tratarla con benignidad.

—¡Maldito entrometido!... —exclamó Gaye, corriendo la mano hacia la pistola que tenía bajo la chaqueta.

Pero el sargento Müller y otro policía lo cogieron de los brazos, privándole de movimiento.

Hubo un silencio. El teniente se mordía el labio inferior mirando odiosamente a Jim, quien dijo a los dos policías que no habían intervenido:

—Registren el hotel. Es posible que encuentren algunas drogas. Según declaración de los cuervos Nell y Marlon, éste es el almacén depósito que utilizan. Naturalmente, el encargado debe estar también comprometido.

Romo separó a Jim del grupo y díjole:

—Oye, muchacho, ésta es la ocasión: ¿quién va a pagar nuestros gastos?

Madison miró hacia atrás, deteniendo la mirada en Norman Kendall.

EPÍLOGO

Los policías se habían marchado llevándose a Gaye y a Ramos en sus coches, y al cadáver en una ambulancia. El sargento Müller había relevado a Jim de su obligación de acompañarle a Barstow, bajo la promesa de que él acudiría al día siguiente a la oficina del fiscal del distrito.

Ahora los dos amigos se hallaban sentados ante el bar del hotel bebiendo un *whisky* y contemplando con admiración el cheque de mil dólares que Norman Kendall les había firmado «por los favores prestados a la Federación de Clubs de Tímidos».

—¡Esto es vivir a lo grande, Jim! —decía Romo, entusiasmado—. ¿Qué vamos a hacer con los mil?

Madison miró a Susan, que bebía un poco más allá a su derecha, junto a Kendall y Wade. Silver siguió la dirección de sus ojos y exclamó:

—¡No, hombre!... ¡Eso no!

—Silver, a todo hombre le llega el momento crítico de su vida.

—¿Qué quieres decir?

—Que me voy a casar con Susan.

Romo abrió los ojos.

—¿Y qué va a ser de mí?

—Apuesto a que Susan tiene una amiga fuera de serie...

Susan había oído las palabras de Jim y se acercó a éste diciendo con rabia:

—¡Si te crees que voy a aceptarte como marido estás...!

Jimmy no la dejó terminar. La abarcó por la cintura, dióle un tirón hacia él y le selló los labios con los suyos.

En ese instante alguien golpeó la espalda de Jimmy, el cual se separó de Susan, volviéndose hacia el importuno. Era un hombrecillo de unos cincuenta años de edad, calvo, de nariz chata y boca grande.

—¿Qué le pasa, amigo? ¿No ve que estoy ocupado?

Fue a continuar el beso, pero el otro carraspeó y preguntó, mostrando el recorte de un diario:

—Usted es James Madison y puso este anuncio en la Prensa... Buscaba colocación rara y peligrosa... ¿no es eso?

—Así es.

El desconocido sonrió triunfalmente, dando un suspiro de alivio.

—Hace tres días que vengo siguiendo sus pasos desde Los Angeles... La última etapa, desde Pasadena hasta aquí, ha sido la más difícil, pero al fin tuve suerte limitándome a seguir un coche de la policía...

—¿Y para qué se ha tomado tanta molestia, si puede saberse?

—Tengo una colocación de éstas para ustedes... He oído desde fuera los tiros que se han disparado aquí... En mi colocación los oirán a todas horas...

—¿Qué asunto es?

—¿Ha oído hablar de Bill Lortimer, el *gángster* de Nueva Orleáns?

—No me diga que es usted.

—No, pero quiere ser mi yerno y pretende raptar a mi hija... Le daré dos mil dólares si consiguen evitarlo y cazar a Lortimer. El está ahora en un país de Centroamérica...

—¡Vámonos, Romo! —exclamó Jim.

—¡Pero, Jimmy!... —chilló Susan—. ¡Tienes que casarte conmigo!...

Madison besó una vez más la boca de la joven, diciéndole luego:

—Cuando vuelva, querida. —Se separó de ella echando a correr tras el hombrecillo y Romo, y al estar cerca de la puerta se giró para gritar—: ¡Te compraré un anillo con un brillante como el huevo de un avestruz!...

Susan le tiró sonriente un beso al aire y él se marchó.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).

Notas

[1] Así se denominan en Las Vegas, en español, las máquinas tragaperras. < <